

El ejército miraba con ironía el cuerpo de Fortun que desde allí se veía de perfil; y cada soldado le dirigía un sarcasmo mas ó menos picante segun se lo inspiraba su malicia.

En el entretanto ocurría otra escena muy diferente en el juego de la ballesta, donde no se oía el menor ruido ni se percibía señal alguna de animacion.

En uno de los ángulos mas escondidos de un baluarte, estaba sentado en la banqueta de la muralla con los codos en las rodillas y la cara oculta entre las manos; un anciano en ropa talar, alto y calvo; tenia el turbante arrojado en tierra, y se oían dolorosos quejidos exhalados de su pecho.

Era Als-far, el ayo de la Princesa que tanto habia velado por ella en la infancia, que tanto la habia amado en la juventud, y que no pudiendo sobrellevar su muerte, se habia retirado al amanecer á aquel lugar abandonado; y en la misma forma que lo hemos encontrado, habia dejado trascurrir casi todas las horas del día, cubriendo de penas su desgraciada senectud.

—Hija mia! murmuraba entre sollozos, ya no te veré jamás, no; yo que te he estrechado mas que nadie entre mis brazos; yo que he recibido mas que nadie tu pura sonrisa; yo que mas que nadie te he querido; me hallo para siempre separado de tí; para que quiero yo vivir en el mundo? Cuánto mejor fuera que hubiera muerto yo y que vivieras tú! tú jóven, tu hermosa, tu Princesa, hubieras sido el asombro del mundo; y yo viejo desconocido, sin fuerza ya mas que para llorarte; mi muerte hubiera sido insignificante, hubiera pasado por todos desapercibida: oh Alá! exclamó levantando de repente la cabeza y los brazos al cielo; que injusto has sido en esta ocasion... ó Fortun quien habia de esperar esto de tí...

Y escondiendo de nuevo con despecho el rostro entre sus manos, volvieron á oirse los sollozos que ahogaban su pecho.

El ejército continuaba formado en la plaza del ejercicio; y el sol se iba aproximando al Ocaso.

La calma de la naturaleza, el cielo sereno, el céfiro templado, todo anunciaba una noche placentera.

Los soldados no quitaban la vista del cristiano, y se reían

al ver colgado aquel que pocos dias antes se paseaba magestuoso delante de ellos; cuando descubrieron un cuervo grande y muy negro que viniendo rápidamente del Norte se paró sobre la capellina del ahorcado. Orgulloso sobre el muerto como un emperador sobre su trono; comenzó á graznar, comenzó á crascitar, y á sus roncos graznidos vino otro que se paró en un hombro.

Los cuervos han sido mirados por la mayor parte de las naciones de la antigüedad, como pájaros de un agüero fatal; pero el pueblo árabe, mas supersticioso que los demas, se aterraba á la presencia de uno de ellos; y así sucedió en el castillo de Cervera.

Aquellos soldados que se reian crueles complaciéndose en la desgracia de un hombre, palidecieron de temor; temblaron de piés á cabeza y no acertaban á separar los ojos del ahorcado; no ya para burlarse de él, sino á la manera que la paloma no puede retirar la vista de la serpiente que la fascina.

Los cuervos graznaban, y á su eco respondía el graznido de otros lejanos que se acercaban rebooteando lentamente hasta llegar tambien al cadaver de Fortun.

Furiosos querian devorarlo; pero les era imposible porque lo cubria la armadura de hierro bruñido: el rostro era la única parte descubierta, pero se hallaba inclinado hácia abajo y daban con la dificultad de tener que pararse en el pecho para acometerlo.

Todos acudian ávidos á aquel punto; mas como se resbalaban sus uñas en la cota, caian aloteando hasta el suelo; volvian á levantarse; volvian á caer; llegaron otros nuevos que aumentaron el ruido, que se apoderaron de las almenas de la torre; y el pavor que sembraron en el castillo fué tal, que el atalaya abandonó su puesto: que el ejército se replegó sobre el ala izquierda agrupándose frente al baño de Zahra; y que los Ulemas trataron de interpretar en cónclave formal aquel angurio fatídico.

—Vedlos, exclamaba el presidente, asomándose medroso por la ventana entreabierta de una cámara de la plaza; todos vienen del Norte.

Porque es de advertir que aun continuaban llegando algunos otros.

—Todos vienen del Norte, y riñen sobre el torreón y se paran en las almenas como si fueran conquistadores que han avasallado nuestro orgullo: anatema! hasta la bandera imperial han rasgado con sus alotazos.

Y se retiró cerrando la ventana.

Todas las almenas de la torre estaban coronadas de cuervos que atestaban el aire de graznidos desagradables: muchos revolteaban por decima, y otros despues de emplear en vano largo rato el pico y las uñas en la armadura de Fortun, cediendo al cansancio caian por fin fatigados al suelo y asustaban con su caída aun al árabe que á larga distancia los observaba.

El ejército formidable, el ejército invencible de Abou-Alhama; los valientes zenetes, célebres en la historia de España por su valor; se encontraban despavoridos, temblando, sin resolución para nada; sin querer mirar semejante espectáculo y sin poder retirar la vista de él. Mil alfanges pendian de sus cinturas; mil saetas asomaban de sus manos; y ni uno solo tuvo valor para dispararla contra aquellas aves: de tal modo subyugaban sus ánimos.

La noche iba dando un aspecto mas imponente al castillo.

Los Ulemas reunidos en una cámara, no podian dar solución completa á la aparición de los funestos cuervos, porque no la hallaban acomodada á sus deseos; y en este lance anduvieron los infelices mas desacordes que en el castigo de Fortun.

El sol hacia ya una hora que se habia sepultado en el perfil de los montes; algunas estrellas brillaban en el cielo puño, y el resplandor de la luna se pintaba en el Oriente.

Però escuchemos de nuevo al moro Garssi, que en la citada leyenda se espresa asi.

«La luna asomó en el horizonte, plateada, grande, hermosa.

«Apenas el primer rayo tocó el haño de la Princesa, cuan-

do se dejó sentir en todos los estremos del castillo, un vago estremecimiento; cual preludio de terrible terremoto.

«Un mugido profundo y espantoso rebulló en el centro de la tierra; y una nubecilla blanca que brotó del baño de la Princesa, se desvaneció en la atmósfera.

«Los musulmanes aterrados ya, con las escenas de aquel dia; quedaron atónitos, mirándose unos á otros, y esperando el resultado de aquellos infernales anuncios.

«Y no en vano se afligian los musulmanes, porque cosas en estremo prodigiosas; presenciaban sus ojos.

«Otro sacudimiento agitó el castillo; otro sordo mugido: resonó en el centro de la tierra, y otra nubecilla brotó del baño de la Princesa.

«Pero esta nube era rubicunda y arrollada sobre si misma; permanecia meciéndose sobre la tierra; y en el corazon de esta nube se veia la imágen de Zahra.

«Ah! lo creceis, hijos que me escuchais en calma? la imágen de Zahra, con sus verdaderos contornos, con su mismo traje; oscura, pero trasparente á la vez.

«No bien la descubrió el ejército que formaba enfrente, y que ya se hallaba demasiado sobrecogido con los cuervos; cuando prorumpe en un grito general de espanto: arroja las armas, y huye precipitado á refugiarse dentro de las murallas de la plaza fuerte, exclamando atemorizados:

—«Encanto... encanto!...

«Tropiezan unos con otros en la carrera, dan alaridos de miedo, se precipitan sobre la entrada, y como es estrecha para tanta gente, caen unos sobre otros... se pisan... se estropean... se ahogan...

«Los de delante no pueden correr porque el temor ata sus piés: los de atras los empujan con violencia; y al cabo de largo rato, sin turbantes, sin armas, maniquebrados; logran penetrar en la plaza, y cerrar tras de si las puertas de hierro.

«Valientes guerreros en el campo, asustados entonces cual tímidos conejos, llaman á los Ulemas, llaman á los demas, y todos se asoman despavoridos por entre las almenas de la plaza.

«En medio del silencio imponente de la noche, había traspasado la sombra la barandilla del baño, en alas de un viente-cillo suave que la empujaba lentamente á flor de tierra; y á medida que se alejaba de su baño, se iba haciendo considerablemente mayor; pero su fondo mas diáfano, sus contornos menos determinados.

«Espíritu sutil que paso á paso se confundiera con el claro vapor que tal vez la engendrara.

«Hijos felices que me escuchais en calma; qué musulman no se aterra aquella noche? qué musulman celoso no arroja su turbante de dolor y sentimiento? Quién no sucumbe de terror en el castillo de Abou-Alhama? A dónde pueden dirigir sus ojos sino los encamina la mano clemente del grande Alá?

«Ven un cristiano ahorcado en las almenas de la torre, con su cruz en el pecho; ven en el aire cuervos voraces revolteando sobre él; ven el cuerpo perdido de su Princesa, vagando en sombra por las plazas del castillo... ven... calle la pluma, y el dolor que oprime mi corazon ayude á contemplar aquel portento...

«La luna que obediente al soplo de Alá, seguía en su alta region la carrera que su voluntad le señaló desde el principio de los siglos; retiró sus rayos del baño, y la sombra replegándose sin interrupcion, desapareció infiltrándose por la puerta del subterráneo que servia para subir agua á la alcazaba.

«Tambien los cuervos marcharon; y los musulmanes, nuestros hermanos, al dejar de ver tales maravillas quedaron mas aturridos y admirados que cuando las veian.

«Pasada la primera sorpresa;—Alí, Alí... se decian unos á otros con misterio; Alí ha sido el encantador, y Fortun no tenia culpa, decia la verdad.

«Oh ciencia terrible de Daldal; que funestos han sido tus secretos al castillo de Cervera!»

Quando el Alcaide subió á manifestar al Emir la causa del alboroto extraordinario que se promovió en el castillo, y le hizo aber que habia aparecido la sombra de la Princesa; exhaló este un profundo suspiro y exclamó con dolor.

—No eran infundados mis recelos... no; mi corazon no me

ha engañado: el cristiano ha dicho al público que era inocente; no es cierto?

—Cierto es, contestó el Alcaide algo mohino.

—Sí, prosiguió el Emir como haciendo memoria de una cosa que recordaba en confuso; en medio del abatimiento y de la tristeza que por todos lados me afligia entonces; llegó su voz á mis oídos, y me parece haberle oído pronunciar la palabra *inocente*... sí; la pronunció, estoy seguro. Yo habia resuelto darle un momento de tregua para escuchar sus esplicaciones, para evitar si hubiera sido posible la muerte de un inocente; pero tu Alcaide, has estado tan ligero en hacer la señal... has obrado con tal precipitacion...

Y le dirigió una mirada significativa.

El Alcaide con la cabeza baja, respondió:

—Señor, vuestra tranquilidad y la de la córte me han apresurado á ello; ya habeis visto el pueblo alborotado contra el reo, y por aplacarlo...

—El pueblo estaba alborotado porque el Emir callaba, cuando el Emir habla, el pueblo calla: demasiado lo sabes Alcaide.

—Señor...

—Anda; déjame solo.

El Alcaide hizo una cortesía y salió de la cámara peor parado de lo que habia entrado.

En toda la noche se abrieron las puertas de la plaza fuerte; y el ejército aterrado todavía; durmió, ó por mejor decir, esperó en ella la mañana.

Los Ulemas que se habian convocado con objeto de descifrar la llegada repentina de los cuervos, mas misteriosa por ser todos emanados de la parte del Norte; dejaron esta cuestion y pasaron á ocuparse del estupendo suceso que los habia confundido, de la aparicion de la Princesa.

Prescindieron en sus digresiones de las causas que pudieran motivarla considerando su ciencia ineficaz para combatir-las; porque desde luego lo atribuyeron á la magia poderosa de Ali: trataron solo de buscar los medios que les pareció mas apropósito, para evitar una vision tan aterradora; y del con

clave resultó el siguiente, acuerdo bastante arbitrario, aunque ya lo estendieron con poca confianza de obtener buen resultado.

EN NOMBRE DE ALÁ CLEMENTE Y MISERICORDIOSO.

*Después de invocar al Profeta han resuelto los Ulemas en vista del asombroso suceso acaecido la noche de ayer; que se rasgue el baño de la Princesa; que se rompa la barandilla que lo rodea; que se pisen y se destrocen las flores; que se haga pedazos la pila; que se arranque la puerta por donde se suministraba el agua; que se quiebren los vasos de los perfumes, y que el recinto que ocupaba, se llene de escombros: pues si acaso el encanto está fundado en los placeres del baño, concluirá faltando esta condicion.*

*El presidente, etc.*

Lució la aurora y la claridad del sol desvaneció en mucha parte los temores que habian afligido á los musulmanes; pero salieron de aquella noche fatal, asustados é inquietos, como el niño que despierta de una pesadilla horrible.

El atalaya volvió á la torre; los centinelas á sus puestos; el ejército á sus cuarteles.

La noticia de las escenas que nosotros hemos presenciado circuló por el pueblo tan pronto como algunos soldados pudieron salir del castillo; y Cervera se aterró al escucharla.

Era la primera hora de la mañana cuando un destacamento partía de la plaza fuerte armado de picos y de azadones, á destruir el bonito baño de la Princesa: llegaron á él, no sin cierto reparo: y aun hubo alguno mas supersticioso que los demas, que mirara por el suelo á ver si habian quedado señalados los pies de la sombra.

Todo se ejecutó lo mismo que lo habian mandado los Ulemas: rasgaron la preciosa tienda; derribaron la barandilla, troncharon las flores, arrancaron la puerta de bronce, llenaron de piedras la habitacion subterránea que llegaba al rio, y qua hacia de gabinete ó gazofilacio donde se conservaban los vasos de perfumes de la Princesa; quebraron estos; en fin,

en un instante redugeron tanta belleza á la nada; y en aquel sitio, el mas delicioso del castillo, solo se veian ya escombros alternando con retazos de púrpura y de damasco; piedras informes mezcladas con flores marchitas y con los preciosos unguentos derramados.

En una palabra; el baño de Zahra quedó reducido á un monton de ruinas; y la habitacion de sus perfumes á una imponente caverna.

Lo que el tiempo hace en un siglo, el hombre lo hace en un minuto; el tiempo y el hombre son los dos enemigos de las grandezas que el mismo hombre construye.

El dia espiró sin otra cosa notable: los musulmanes celebraron en la Mezquita la oracion que no pudieron hacer la noche anterior; y á medida que la tarde se iba dejando caer sobre la naturaleza; se cubrian los montes vecinos al castillo, de multitud de gente atraida por una novedad tan estupenda.

Los guerreros, aunque algo mas tranquilos, se cerraron dentro de la plaza fuerte; y apiñados en las almenas, esperaban la noche con avidez para ver si habia concluido ó se reproducia todavia aquella funesta vision.

Los Ulemas aguardaban tambien reunidos en una habitacion; y hasta el Emir se distinguia tristemente reclinado sobre el alfeizar de su ventana.

Cada momento que trascurria sembraba un grado mas de impaciencia y de temor en los espectadores; ya se iba debilitando la claridad del crepúsculo; ya se distinguian algunas estrellas en el firmamento; y ya llegaba la hora de que asomara el astro de las fantasmas y de los espectros.

Pero mas acertado será que dejemos otra vez hablar directamente al historiador moro.

Dice la leyenda en otro lugar:

«Pasado un momento lució en el horizonte un resplandor tibio que alumbró las tinieblas. Un profundo silencio sucedió en los montes atestados de almas, y dentro del castillo;

«Hijos; que inquietud tan cruel! qué impaciencia tan anhe-

losa pesaba sobre los espectadores!... Por fin asomó la luna plateada, risueña, pero terrible entonces para nuestros hermanos los musulmanes. Se aumentó á su vista el silencio, creció la ansiedad y hasta cesó la respiracion.

«La calma de la naturaleza era magestuosa.

«Oid de nuevo: no bien deslizó aquel astro un rayo furtivo sobre el sitio en que estuvo el baño de nuestra muy hermosa Princesa, cuando se presentó la sombra en la boca del subterráneo dibujada en el corazon de vaporosa nube; pero esta noche no la precedió otra nubecilla que se perdiera en la atmósfera, ni sordos rugidos en el centro de la tierra, ni terremoto en el castillo; esta noche aparecia en silencio, aparecia de luto; sin duda porque salia en un monton de escombros en lugar de salir en un jardin de flores.

«Un grito de horror, un alboroto extraordinario, un conjunto de voces y de alaridos estalló á vista de la aparicion; y la gente de los montes se tiró por las ramblas á refugiarse en los rincones de sus casas.

«Los guerreros acogidos unos con otros y sin atreverse á hablar, contemplaban por los adarves todos los movimientos de la sombra, que grave, diáfana, incolora, como la noche anterior, se dilataba y se hacia mas confusa segun que se alejaba de la boca del subterráneo, del punto de su nacimiento.

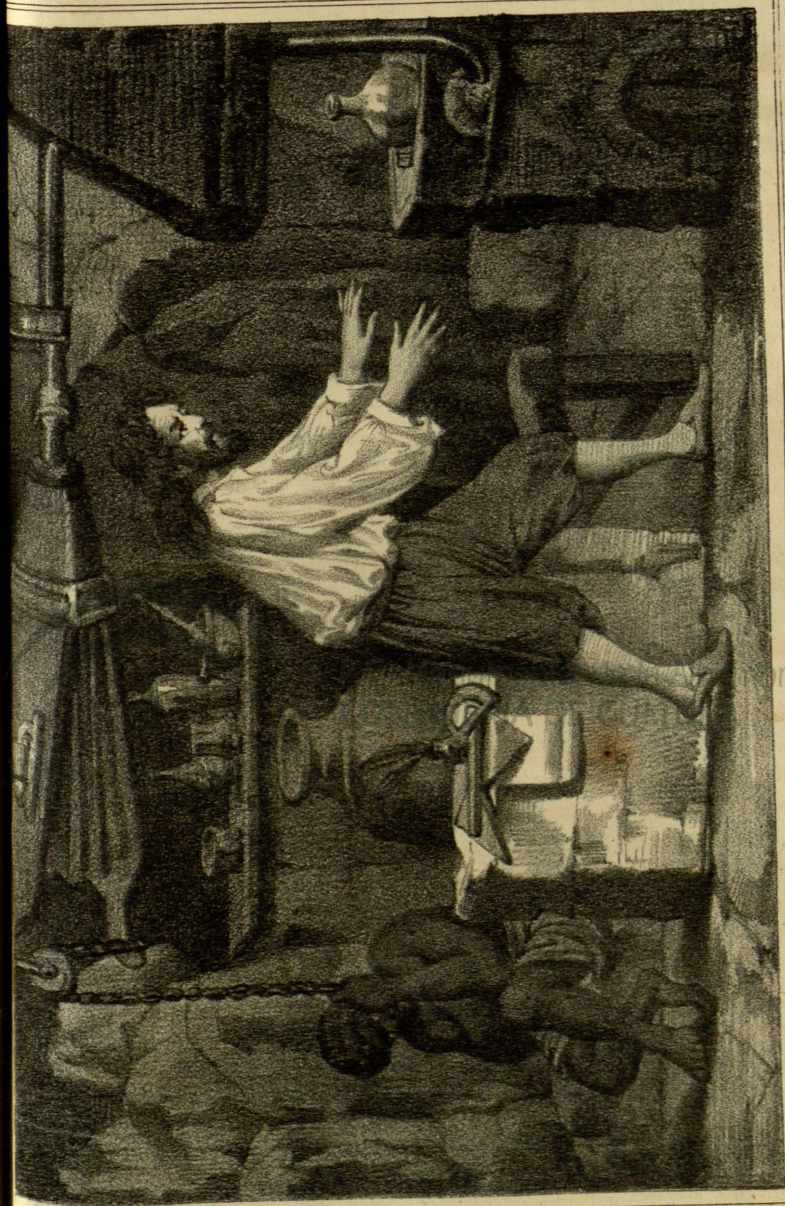
«Esta noche se les figuró mas macilenta; no es extraño: la sombra de nuestra Princesa se paseaba por un monton de escombros, á diferencia de un jardin de flores en que se paseó la vez primera.

«Sabeis hijos míos quien era el que mas padecia en aquella noche de luto sin que nadie lo advirtiera?...

«Era el Emir: el poderoso Emir que fijo en la ventana de su cámara le crugia el pecho de dolor; y de su corazon se arrancaban muchas lágrimas que abrasaban sus párpados, como si fueran gotas de azufre ardiendo.

—«Hija mia... hija mia... fueron las únicas espresiones que pudo pronunciar.

«Y rendido por mortales angustias dejó caer la cabeza so-

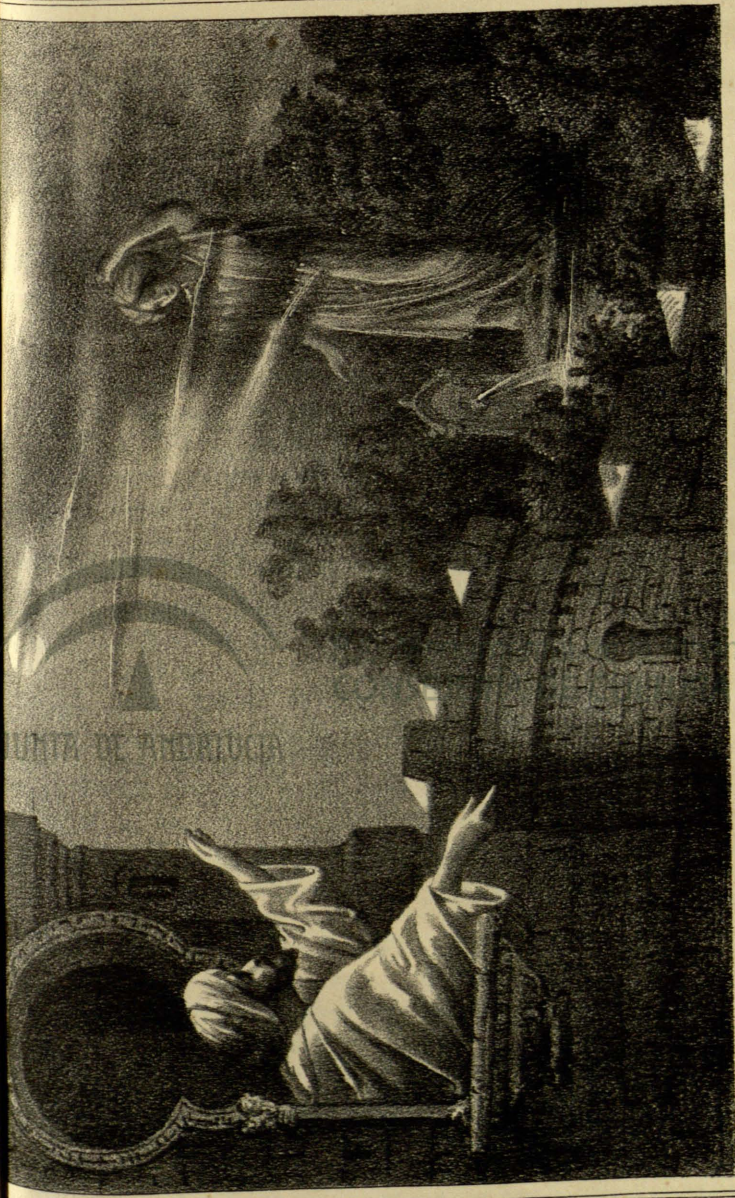


Litografía de Castell

# ALÍ EN LA CUEVA DE MARIMON

Hierve Redoma, hierve.

Ena<sup>a</sup> de los angeles



Lingografía de Castell

## LA SOMBRA DE ZAHRA

Escrit. de los señores, &c.

HILJA MIA..... fueron las únicas palabras que pudieron pronunciar sus labios.

bre las manos que descansaban en el alfeizar de la ventana. «Cuando volvió á levantarla no vió nada: la luna retiró sus rayos del misterioso recinto, y la sombra desapareció sumergiéndose afligida en el subterráneo.

«El Emir exhaló un suspiro y entornó la ventana.

«Cada vez mas admirados los musulmanes hablaban unos con otros, y cada uno daba su parecer en cuestion tan difícil de apear.

«Como observaron el influjo poderoso que la luna ejercia sobre el baño de nuestra malograda Princesa, y como aquel habia quedado ya reducido á una cueva, le llamaron desde entonces la CUEVA DE LA LUNA; y con este nombre se conserva hasta nuestros dias; y con mucho respeto ha sido mirada siempre por todos los musulmanes.»

Nosotros humildes compiladores no nos detendremos á examinar la verdad de este hecho; pero lo cierto es que los moros lo vieron ó creyeron verlo; escribieron en sus pergaminos este portento, lo atribuyeron á la mágia de Alí combinada con el poder de la luna, y por ello designaron á aquella caverna con el nombre de CUEVA DE LA LUNA; y el pueblo moro, el pueblo vencido, al entregar Cervera al pueblo vencedor, al cristiano; les entregó tambien su gran castillo, *Al-jazaba*; le entregó la cueva de la Luna con sus misterios, con sus consejas y con su nombre: y esta cueva que aun subsiste en el siglo XIX, indicando lo que fué; siempre aterradora, la mas propia para arrancar la veneracion de un espíritu supersticioso como el de los mahometanos, es conocida todavia con el mismo nombre, con el de CUEVA DE LA LUNA.

Los Ulemas, el Iman y todos los jeques y ricos moros del pueblo, inspirados por un verdadero afecto hácia su Emir, convinieron reunidos en junta, hacerle ver lo conveniente que le seria abandonar el castillo y marchar á la corte de Córdoba, donde pasaria lejos de Cervera una vejez mas tranquila, con cuyo objeto subió una comision á su cámara: pero Abou-Alhama despues de manifestárseles muy agradecido, les contestó que de ningun modo accedia á sus consejas; que el no se mo-

via de su alcazar; que si algun placer, aunque soñado, le esperaba en el mundo; brotaba del estrado de la Princesa, de sus jardines y del suelo que habia hollado con sus pies.

—Ah! exclamó abatido y quejunbron: que marche del castillo!... que marche del castillo donde queda la sombra de mi hija... y que un pueblo nuevo venga á insultarla con sus escarnios!... no hija mia; no te abandonaré... Dónde puedo yo experimentar goces como los que esperimete aquí?... no es ese el cielo que vieron sus ojos? no es ese el aire que respiró su alma? pues ese cielo quiero yo ver; ese aire quiero yo respirar: y en ese cielo, y en ese aire se presentará tambien su imágen á mis ojos: yo abrazaré su sombra; si, cobardes; la abrazaré mientras vosotros huis de ella porque no es vuestra hija; porque no habeis perdido una hija tan hermosa como la mia; yo abrazaré su sombra y la sombra me abrazará á mi: y quereis retirarme del castillo? Y quereis privarme de su vista? no; no partiré: quiero morir en el; idos dejadme solo.

Y señaló con la mano la puerta de la cámara.

La corte se retiró en silencio, sintiendo amargamente el estado deplorable en que la pérdida de la Princesa habia puesto al mejor de los padres; al mas noble de los Emires, y al mas valiente de los generales.

La sombra continuaba apareciendose en el silencio de las tinieblas; pero mejor será que acudamos otra vez al moro Garssi.

Dice al final de la misma leyenda.

«La sombra salia en la misma forma todas las noches de luna.

«Y los musulmanes del castillo, aunque siempre se recogian antes de aquella hora; ya llegaron á familiarizarse con su vista hasta cierto punto.

«Nuestro desgraciado Emir empujado por el grande cariño hácia su hija nuestra Princesa, que le hizo padecer ciertas averraciones mentales; salió algunas noches con objeto de abrazar la sombra.»

«Oid vosotros que me escuchais en calma: Cuando el infortunado padre llegaba á ella, no la distinguia; la buscaba con las manos, pero no la encontraba; la buscaba con los ojos pero no la veia; y sin embargo, en aquel mismo momento continuaban viéndola los que la miraban á alguna distancia.

«Entonces el Emir se retiraba á su cámara con la cabeza baja, sudando congojas, y levantando los brazos al cielo, clamaba entre las angustias de su corazón.

—«Oh poderoso Alá, grande es la ciencia que enseñaste al hijo de Mahomet!... grandes son los dolores que padece tu siervo Als-jerib!...

«Todos estos acontecimientos eran otros tantos gusanos que roian las entrañas de Abou-Alhama, cuya salud iba decayendo por grados. Encerrado ordinariamente en su cámara con nadie se comunicaba; y si á algun íntimo amigo ó á algun anciano geque ó Alnahive le dispensaba la distincion de recibirlo un momento; no le hablaba de otra cosa que de la hermosura, de las diversiones, del candor, de la aparicion y del destino de su malograda hija.»

Los sucesos acaecidos en el alcazar de Abou-Alhama fueron tan notables por las personas que figuraban en ellos, y tan asombrosos por su naturaleza; que pronto se divulgaron por el basto imperio de Abderramen.

La aparicion nocturna de la Princesa despertaba de lleno el sentimiento misterioso de que tanto abunda el espíritu de los moros. Un hecho tan ruidoso pasó al instante al Africa, donde se referia con demasiada exactitud; tuvo fuerza para cruzar la Libia, y cundió rápidamente en los desiertos del Asia.

El beduino replegada su tribu en torno de una fogata que enciende en aquel mar de arenas, ó esparcida agradablemente al amor de algun cucharro, junto al cual nace una frondosa palmera; habla con variedad de la victoria que sobre cierta Princesa musulmana y su amante cristiano, habia obtenido la magia de un tal Alí, nieto de Daldal, de aquel sabio que nació de una beduina en medio de los desiertos, en la profundidad de una

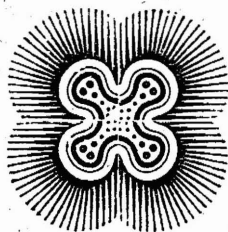
caverna: y fielmente apasionado de su raza y de su gloria; se siente animado por un fuego de orgullo al agregar un desenlace tan feliz á la historia de Daldal.

Otro suceso tuvo fuerza tambien para atravesar en la débil barca de la tradicion, el abismo de mil años; y aunque alterado en parte por las diferentes generaciones que ha cruzado, se conserva íntegro en el fondo; y hoy mismo, á mitad del siglo XIX, no hay en Cervera una persona que lo ignore; no hay una sola persona que haya dejado de oír hablar alguna vez, de la mora encantada, en la CUEVA DE LA LUNA.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



## CAPITULO XII.

### LA BATALLA DE CLAVIJO.

Ocho días habian trascurrido despues de la muerte de Fortun; y por consiguiente despues de la noche en que comenzó á aparecerse la sombra de la Princesa.

En el momento de que hablamos se hallaba el Emir sentado á la morisca en los cojines de su cámara: tenia la cabeza recostada sobre la mano derecha, cuyo codo descansaba en otro cojin; y en esta postura meditabunda en que desde la desgracia de Zahra dejaba deslizarse horas enteras; revolvía en su mente mil ideas, mil recuerdos que lo martirizaban: veía por un lado que no parecían las joyas de su hija, y que Ali dijo al morir que Fortun habia asesinado á la Princesa para robárselas; las habria reunido ya con objeto de marchar? no habian encontrado el corcel ensillado en la salida del pueblo? veía por otro que Fortun no habia muerto á Zahra; pues que esta sufría los efectos de la ciencia cruel del hijo de Mahomet.

Tales reflexiones presentes sin cesar á su espíritu, abrieron en su frente durante el escaso tiempo de nueve dias, una arruga mas profunda que lo habian hecho los diez y ocho años que llevaba encerrado en el castillo de Cervera.

A su lado aparecían en vez de los pebeteros, que otras veces exhalaban suaves aromas, cuatro maceteros con flores lacias y deshojadas: estos maceteros eran los que adornaban el estrado de su hija; su propia mano había colocado en ellos aquellas flores y no quería el Emir que nadie las tocara.

Si alguno lo estimulaba á que las sustituyera con otras frescas:

—Ah no!...: respondía con tristeza; veis esas flores marchitas; son la voz de mi hija que desde el centro de la tierra en que la hundió un malvado, me dice: «Ahi teneis padre la imágen de mi juventud; yo tambien fuí flor hermosa, y yo tambien me marchité.» Si, me lo dice; la oigo en mi dolor, la oigo en el silencio de las tinieblas.

Se veían así mismo á su alrededor encajes, gasas, plumas; todos los aderezos que en tiempo más feliz adornaron las gracias de la Princesa; los cuales él mismo había ido recogiendo con cuidado y colocándolos en su cámara.

Delante tenía una mesita calada de sándalo con tapete de damasco verde y borloneras de oro, y sobre ella estaba abierto el Coran.

Cómo acude á Dios el hombre en su dolor, cualquiera que sea su religion!

De este modo continuaba el Emir silencioso, cabizbajo, meditabundo y aplastado por el peso del infortunio, cuando el eco lejano de un clarín penetró por las ventanas entornadas de su cámara; y á los veinte minutos se presentó en la puerta un eunuco acompañando á un capitán joven de esbelto personal, ricamente vestido, aunque cubierto de polvo, el cual llevaba la garlota imperial sobre la delantera de su anchuroso turbante.

Después de hacer una profunda cortesía, dijo:

—O Emir, el Profeta os guarda: soy emisario de Abderramen II nuestro Rey y Señor, que me envía á vos con este parte.

Y le entregó un pliego cerrado y sellado.

—Vienes de Córdoba? preguntó el Emir sorprendido; mientras alargaba la mano para tomar el papel.

—No en verdad; el Rey está mas cerca: mañana dará vista á los campos de Clavijo, donde lo espera el orgulloso cristiano.

—En los campos de Clavijo!... exclamó el Emir: ocho leguas de mi castillo está Abderramen mi amigo y mi señor?

—Yo me he adelantado por orden suya con una escolta de almogabares á entregaros el comunicado.

—Bien; retiraos, prosiguió el Emir.

Y los dos se salieron.

Cuando quedó solo Abou-Alhama, exclamó de nuevo abriendo el parte.

—O Abderramen! que nuevas te traerán por estos países? no conocerás ya á tu amigo Als-gerib; el dolor y los años lo han desfigurado.

Y se puso á leer el pliego que decia así:

EN NOMBRE DE ALÁ CLEMENTE Y MISERICORDIOSO.

*Abderramen II, Rey de Córdoba, á Abou-Alhama Emir de Cervera y su castillo, salud.*

*Sabed que los cristianos mas engreidos que nunca con sus pequeñas victorias; han osado oponer resistencia á las justas reclamaciones de nuestra poderosa persona; negándose á pagar los tributos, que en pacto solemne, rubricado y sellado de real mano tienen estipulado.*

*Sabed que el Rey Ramiro se ha negado á entregarme el feudo de 100 doncellas que sus anteriores Reyes entregaron á nuestros padres; y que yo con toda prudencia le he pedido, y con el decoro y atencion que de Rey á Rey guardar se debe.*

*En vista de todo ha resuelto nuestra poderosa persona, avasallar de un golpe la altivez del cristiano, dando una batalla decisiva en los campos de Clavijo, lugar que para ello por ambas partes se ha elegido.*

*Yo he replegado todas mis tropas; y no turbara tu calma, ó Emir, llamándote á la guerra; si no sintiera privaros del triunfo á tí y al escuadron de zenetes, al escuadron de leones que hacen tu guardia.*

*Preséntate con tu escolta en el campo designado, á los dos*

*días de recibir mi orden, y tendrá el gusto de abrazarte tu Rey y tu amigo.*

*Abderramen.*

*Al Emir de Cervera y su castillo.*

—No; exclamó Abou-Alhama derecho en su cámara, con el pliego en la mano, no se nada; cerrado entre estas murallas, he renunciado al mundo, y el mundo otra vez me llama: Aljerib, vuelves á la guerra; pero vuelves sin vigor, sin juventud, sin fuerza.

Y pegó con el martillo de plata en el muelle de acero.

—Oye; dijo al ayuda de cámara que se presentó, manda al Alcaide que reuna el ejército y publique este parte.

Las órdenes de Abou-Alhama fueron obedecidas, y al poco rato se oía una vocería que gritaba.

—Viva el Emir... viva Abderramen...

Al saber los soldados que eran convocados á la guerra por su Rey, se liinchan de gozo; pero no pueden suponer que su jefe Abou-Alhama marche á la cabeza.

Llegó la tarde, y serian sobre las tres, hora destinada para la marcha, cuando el Emir llamó á un ayo, y sin mas preámbulos le dijo:

—Vísteme para la guerra.

Asombrado el ayo se atrevió á preguntarle:

—Señor, vos tambien vais á la guerra?

—Pues qué; no soy soldado? mi Rey me llama.

El ayo temblaba de placer: y esto mismo de que el ayo se admiraba, arrancó gritos exagerados de satisfaccion, asi que el Alcaide lo hizo saber por arenga á los soldados.

Abou-Alhama se quitó la ropa talar, y sobre el traje ordinario se puso un alquicel blanco; prendió una gruesa cimitarra á su cintura, y cambió su turbante de casa, por otro con casquete y media luna de acero.

—Adios hija mia; murmuró con lágrimas en los ojos, besando las flores marchitas de los maceteros de Zahra: adios hija mia, adios.

Bajó en seguida á la plaza fuerte, montó un brioso corcel

negro, y sufriendo los arrogantes escarceos que hacia el bruto, se presentó en la plaza de los baños al frente de sus valientes zenetes que lo esperaban formados en escuadra.

Al ver el ejército á su anciano Emir, que lo busca pertrechado para la guerra; suenan de repente las músicas: rompen los soldados sus filas, se deshacen frenéticos en vivas, y cubren de turbantes el suelo que va á pisotear su caballo.

Concluidos los primeros impulsos del cáriño que el soldado profesaba á su jefe, base fundamental del poder de un ejército; se formaron de nuevo los escuadrones: y Abou-Alhama refrenando su bruto furioso que inflaba las narices y arrojaba espuma por la boca; gritó esforzando lo posible su voz debilitada.

—Valientes zenetes; ya habeis visto por el parte que os ha leido el Alcaide, que nuestro Rey nos llama á la guerra. Para vosotros zenetes, ir á la guerra, es ir á alcanzar nuevas victorias; yo tambien recobro fuerzas; yo tambien me siento mas animado á vuestra cabeza. Soldados; viva Abderramen...

—Viva... respondieron todos.

—Viva el Emir... gritó un ballestero.

—Viva...

—Viva Mahoma... prosiguió Abou-Alhama.

—Viva... respondió el ejército en confuso murmullo, y respirando furor comenzaron á desfilar dando alaridos de alegría, al son de cuatro clarines y seis atabales.

Toda la gente armada de Cervera siguió al Emir; y en el pueblo no quedaron sino el Imán, los Ulemas, los ancianos, las mujeres y los niños.

Al caer la tarde, cuando el ejército subió á la cumbre de la última montaña que vuela sobre el horizonte; volvió Abou-Alhama los ojos y vió á lo lejos su castillo que se dibujaba en la atmósfera diáfana, como una nube informe y de color sombrío.

El desgraciado anciano exhaló un suspiro y continuó la marcha.

Amaneció en Clavijo un día claro, radiante: las vastas llanuras que le rodean se veian cubiertas de batallones, y un cla-

morco incesante llenaba los aires con su ruido: allí se descubren frente á frente los dos inmensos ejércitos que dominan la España; el de Abderramen II y el de Ramiro I: los dos reyes inflaman con su voz al soldado; y el sol refleja sus rayos en los vistosos trajes del moro y en las brillantes armaduras del cristiano.

En medio de las filas del primero descollaba orgullosa la bandera de la media luna, y entre las segundas se levantaba sublime el estandarte de la cruz.

Las huestes mahometanas ocupaban el Occidente; las cristianas al Oriente; y ambas tenían á su espalda la multitud de tiendas; voluptuosas las unas, decentes las otras, y todas agitando sus banderolas á impulsos del céfiro de la mañana.

El ejército de D. Ramiro recibía refuerzos con bastante frecuencia; pero en el de Abderramen afluían escuadrones sin interrupción, como afluyen incesantemente los ríos en el mar.

Las diferentes cohortes del Profeta se distinguían por los colores variados de sus turbantes, que ofrecían el aspecto de un campo sembrado de flores; y las compañías del ejército de Cristo se distinguían también por los variados matices de sus penachos azules, verdes y encarnados, que en los movimientos uniformes de las grandes masas, no parecían otra cosa que dilatadas bandas de aves que se reunieran de las diferentes zonas, para atravesar volando las campiñas de Clavijo.

El Rey Abderramen montando un caballo árabe, adornado de seda y pedrería, sale de la tienda y se presenta al frente de su ejército.

El Rey Ramiro, hincando el acicate en su alanza furioso cubierto de acero, hace lo mismo.

Los dos ejércitos victorean á sus Reyes: los dos ejércitos levantan sus banderas; los dos ejércitos avanzan un paso al centro; los dos leones han herizado sus melenas.

La batalla preparada en los campos de Clavijo tiene suspenso al mundo; el Oriente y el Occidente dependen de su resultado; el mismo Dios se halla interesado en ella.

Los dos Reyes, los dos ejércitos, no pelean por su trono, no pelean por su gloria, pelean por su religión; pelean por su

Profeta: y desde su alta esfera señalará con la victoria el Dios de lo invisible, si Mahoma es su mayor Profeta, ó si Jesucristo es su verdadero hijo.

En este momento en que los clarines y atabales de ambas partes enchian el aire; en que los dos formidables enemigos se disponian al avance; descubrieron las llanuras de Clavijo, los escuadrones, que mandados por Abou-Alhama, habian salido el dia anterior del castillo de Cervera.

Rugen los zenetes al presenciar aquella escena tan grande; y Abou-Alhama tiembla de entusiasmo; siente en un momento arder la sangre en sus venas; siente nacer en su pecho aquel valor que en su juventud lo hacia el ejemplo del guerrero; olvida los diez y ocho años que ha dormido en un castillo; olvida que es Abou-Alhama, vuelve á reconocerse Als-jerib, y con esto el mas esforzado general de la corte de Abderramen.

—Valientes zenetes; esclama desde su corcel con la cabeza erguida; allí teneis á nuestro Rey, y estendió el brazo hácia las huestes sarracenas; aquel campo está sembrado de palmas; esas palmas hay que cortarlas con nuestro alfange... las deseais valientes?...

—Adelante; gritaron los zenetes echando á andar ligeros: y al son de los clarines y atabales, y al son del clamoreo que salia del campo, se agregaron al ejército africano.

Se hizo la señal.

Los ballesteros de ambos ejércitos avanzaron al centro, y una nube de emponzoñadas saetas oscurecian los rayos del sol.

Mientras los batallones se disputaban el terreno palmo á palmo, sin poder ganar un paso; perdiendo en uno lo que habian adelantado en otro; un escuadron de jóvenes y nobles cristianos, defendidos ellos y sus caballos con brillantes armaduras de acero bruñido; destacan veloces como el rayo, con la intencion atrevida de cortar el ala izquierda del enemigo y acometer á Abderramen que se descubria con su escolta un poco separado del cuerpo del ejército; pero un grupo de alfa-

races les salió al encuentro y los desbarató completamente: vino en auxilio de los vencidos la caballería cristiana; corrió también la árabe, y de este modo se cerró la batalla; grande, sangrienta, admirable, en la que desgraciadamente llevaron los moros la mejor parte.

Así se deslizó la mañana y la tarde cubriéndose el suelo de cadáveres.

El estandarte de la cruz se iba replegando medroso hacia sus tiendas, y la bandera de la media luna avasallándola con orgullo á medida que sus falanges avanzaban hacia ella: pero una noche tenebrosa se tendió sobre la naturaleza, y todo calló bajo su oscuridad.

Abderamen entró en su tienda con Als-jerib y algunos Alnaibes y Alcatifes. Colgadas de púrpura, pabellones de terciopelo, alfombras de seda y cordones de oro, adornaban su estancia; y reclinados voluptuosamente en mullidos cojines celebraban con pipas en la boca el principio de su triunfo.

El Rey D. Ramiro se cerró también con sus generales en la suya; sencilla, entapizada de un lienzo blanco con listas azules que suavizaba la aspereza de las pieles, que como á todas las cubria por fuera. Triste y cabizbajo; dejó la celada en el suelo, y después de dar algunas disposiciones militares, quedó solo con su ayudante.

En una suntuosa tienda inmediata á la de Abderramen celebraban concilio sesenta y tres mahomets (1) y en otra tienda humilde, próxima á la de D. Ramiro, doce sacerdotes hincados de rodillas ante un Cristo, pedían al cielo fervorosamente cambiara la suerte de aquella accion, de la que sin duda ninguna dependia el triunfo ó la ruina de la religion cristiana en España.

La noche habia adelantado en su carrera; lívidas estrellas despedían su fulgor vacilante al traves de las nubes que cubrían la atmósfera, y en el campo de batalla solo se oía el ruido

(1) Nota 12.

lento que el ambiente producía agitando las banderolas de las tiendas, la voz confusa del centinela y el quegido del moribundo, ó el último suspiro del soldado que moría.

Sentado el Rey D. Ramiro en una peña, descansando la cabeza en el puño de su tizona, cuya punta se apoyaba en la tierra; y solo, en medio de la tienda, cansaba su espíritu con mil proyectos de guerra y mil estratagemas difíciles de los cuales ninguno le satisfacía, hasta que por fin, fatigados su mente y su cuerpo se quedó dormido; y allá... en ensueños comenzó á oír el estruendo de la guerra; vió el ejército musulmán que arrollaba al cristiano, y cuando este huía quebradas sus armas, y roto su estandarte, apareció en los aires un soldado hermoso montado en un caballo blanco, tremolando en la mano izquierda una bandera blanca, y agitando en la derecha una temible espada.

—Oye Ramiro, le dijo hablando con él; yo soy Santiago; no temas, mañana en lo mas cerrado de la pelea, me presentaré en medio de tus escuadrones: mi voz animará al cristiano; mi presencia aterrará al musulmán; y en un solo minuto se verá humillado el orgullo sarraceno.

Desapareció Santiago; y D. Ramiro despertó asustado: se pasó atónito la mano por los ojos y murmuró entre dientes:

—No; no es un simple ensueño, yo lo he visto; me ha hablado... sí; yo mismo he oído su voz: esto ha sido una vision celeste.

Y sacó la cabeza por las juntas de las cortinas.

El alba asomaba en el horizonte; y su pálido resplandor alumbraba los cadáveres que yacían tendidos en el suelo.

A la hora y media resonó en aquellos campos el clarín guerrero, y á su eco penetrante sucedió el estruendo de las armas y de las armaduras; el relincho de los caballos, y el clamoreo de los soldados que se disponían á la batalla.

El sol dejó caer sus rayos sobre Clavijo; y este pueblo miserable parecía atemorizado al contemplar junto á sí escenas tan grandes y tan imponentes.

Los dos ejércitos volvieron á avistarse, y levantando en

alto cada cual sus banderas; se saludaron en ellas las dos religiones opuestas y enemigas.

Abderramen, montado en su corcel, se presentó á arengar á sus soldados: y D. Ramiro oprimiendo los lomos de su alazan, dijo en alta voz á su ejército despues de recorrer en persona las filas.

—Soldados, ánimo: Jesucristo pone hoy en nuestras manos la victoria. Veis aquel ejército formidable? pronto vá á ser víctima de nuestros aceros: esta noche, soldados; en medio de un sueño inquieto se me ha aparecido Santiago y me ha dicho: «no temas Ramiro; en lo mas cerrado de la batalla me presentaré entre tus soldados; mi voz animará al cristiano, mi presencia aterrará al musulman.» Qué mas podemos desear? el cielo vá á manejar nuestras espadas: valor guerreros; viva Santiago...

—Viva... respondieron en masa.

Y al eco de los clarines sucedió el silbido de las saetas que abrian la accion. Estrecháronse las huestes; acometieron denodadamente las dos caballerias; y otra vez las falanges cristianas comenzaron á retroceder.

En el momento mas crítico; al pensar en la fuga descubren los cristianos delante de ellos el guerrero que les habia prometido su Rey: recobran el ánimo, porque Santiago les toca los corazones; y victorean al Santo que con la bandera blanca y la espada fulminante se precipita sobre los moros hollándolos con las herraduras de su caballo.

Los musulmanes vencedores retroceden en desórden; los siguen los cristianos capitaneados por el Santo; los alcanzan, los destrozan, los matan; y en medio del griterío del pueblo inmenso que huye y del pueblo que lo arrolla con saña; se vé la bandera de la media luna hecha giras por el suelo.

Las Hanuras de Clavijo no son ya el campo de la guerra, son una vasta carniceria; son el oprobio del Profeta, son un mar de sangre donde desemboca á torrentes la que baja en todas direcciones; y en tal confusion se dibuja sublime la cruz sobre las huestes que acometen vencedoras.

El formidable ejército musulman, que no hace mucho aterrabá solo al considerar su número, se deshace en la desercion mas vergonzosa; y para la fuga se divide espontáneamente en tres cuerpos que marchan en tres distintas direcciones. Abderamen con la mayor fuerza se dirige al Occidente; D. Ramiro persigue á estos: un gran destacamento de caballería al Oriente, y Abou-Alhama con sus escuadrones de zenetes al Mediodia.

Al Mediodia en busca de su castillo, donde un poderoso instinto los dirige. Marchan atropellados sin orden y en confusion; porque un regimiento de caballería, mandado por un anciano general les vá al alcance.

Rendidos y sofocados por la fatiga, llegaron al fin despues de diez horas á CUESTA CLARA, la primera montaña en que se descubria el castillo, y desde donde Abou-Alhama habia dirigido cuatro dias antes la última mirada al lanzarse á la batalla lleno de esperanzas. La vista de la fortaleza anima los corazones decaidos del soldado, y corren con mas fuerza á encerrarse dentro de sus murallas.

Los Ulemas y los ancianos del pueblo que esperaban en las almenas creyendo recibirlos coronados de palmas; y los vieron llegar en aquella disposicion; dieron un grito de horror y se golpearon la cabeza.

Desde allí contemplaron á su pesar el ejército musulman, huyendo despavorido, y al cristiano siguiéndole ya nada mas que á doscientos pasos.

Desde el castillo parecian los últimos una banda de leones que amenazaba con la destruccion: y el ruido sordo y lejano que se oia producido por sus voces, por sus armas y por el galopar de sus caballos; era semejante al ruido aterrador que lleva consigo una nube cargada de granizo, cuando la impele un viento furioso que le hace asolar los campos.

—Musulmanes; exclamó de repente en tono afligido un anciano de los de las almenas, señalando las huestes cristianas; somos perdidos, aquellos, aquellos son los cuervos que vinieron del Norte; su fatal agtiero vá á cumplirse esta tarde.

Y la consternacion se apoderó de todos los que le rodeaban.

Pasado algun tiempo Abou-Alhama y sus soldados llegaron casi sin fuerzas al monte que hay encima del barranco de Tollo, frente por frente al castillo. Los que los miraban desde él se esforzaban por animarlos; pero al disponerse el Emir á salvar el barranco, levantó la vista involuntariamente, y de improviso se ofreció á sus ojos el cadáver de Fortun que aun estaba colgado en la torre; y entonces se presentó á su espíritu la profecía que pronunció el hijo de Hernan al morir. Recogiendo el Emir su voz debilitada gritó parándose con asombro de los demás.

—Zenetes, á qué correr? nuestra hora es llegada; mirad el cadáver de Fortun; acordaos de las palabras que dijo poco antes de morir: *soy inocente; mi cuerpo pendiente aun de las almenas, será testigo de vuestra destruccion.*

No bien habia acabado de hablar el fatalista Abou-Alhama, cuando la fuerza cristiana carga furiosa sobre ellos, y encima de Cervera, á la vista de su alcázar; atropellan, hieren, acaban con los guerreros musulmanes.

El suelo se cubre de muertos; la sangre baja á torrentes al barranco de Tollo; y el raudal que corre por él, aterra á sus habitantes: los cristianos inflamados por el fuego de la victoria, trepan veloces los montes, asaltan las murallas; rompen las puertas del castillo y penetran en la fortaleza, devastándolo todo, sembrando por todas partes la muerte y la desolacion: allanan cual furias desencadenadas las cámaras del Emir y de su hija; rasgan las púrpuras y las escarlatas; destrazan los baños y los jardines, y á luego se aperciben del cristiano que cuelga ahorcado de las almenas; lo bajan, se agrupa el ejército en torno suyo á mirarlo, y antes que nadie lo reconoce el anciano general que ha mandado las tropas; lo estrecha entre sus brazos y esclama con desesperacion:

—Hijo mio... Fortun...

Aquel general era Hernan.

—Fortun... Fortun... nuestro capitán... gritan unos.

—Venganza... gritan otros.

—Venganza... resuena en todos los ángulos del castillo.

—Venganza... repite sordamente el corazón de Hernán.

Y encendidos de nuevo los victoriosos soldados levantan las espadas, y se dejan caer sobre Cervera con más furia que el ángel exterminador.

Insaciables por la muerte de su capitán matan al niño, al anciano, al huérfano y á la viuda: de nadie se compadecen; y las fértiles campiñas de Cervera se ven bien pronto sembradas de heridos que se lamentan, de moribundos que gimen y de cadáveres que aterran. Se refugian los pocos que han podido librarse del cruento estermínio en las cavernas de los vecinos montes; se disponen á seguirlos los vencedores; pero la voz de su general los detiene.

—Cese el horror, les dice: si ellos ahorcaron á mi hijo, ya he mos vengado bastante su suplicio: han perecido á los filos de nuestra tizona el Emir, los Geques, los Ulemas, todo el ejército, y todo el pueblo: perdonad á esas mujeres fugitivas que se acogen como fieras en las cuevas: si el musulmán cuando vence al cristiano degüella hasta el niño que no ha salido del vientre de su madre; distinguíais vosotros de ellos: acordaos de Cristo que alzado en la cruz derramó su sangre por la sangre de todas las sectas y de todas las naciones.

Los guerreros obedecieron la voz de su general; y labaron las espadas ensangrentadas en las aguas del Alhama.

Luego entraron formados á la Mezquita: un sacerdote venerable, arrojó el Corán que ocupaba el altar, y colocó en él la Biblia y un crucifijo á su lado.

—Cristianos; exclamó con voz convulsa: aquí teneis el símbolo de vuestra religion.

Y aquellos soldados, bravos poco antes como leones, doblan la rodilla en silencio é inclinan sus espadas ante la cruz.

Lágrimas de gozo corren por sus mejillas; y despues de hacer una larga oracion salen alegres á tomar posesion del pueblo que su valor ha puesto bajo su dominio.

Al día siguiente abrieron amnistia general para los desgra-

ciados moros de ambos sexos que se habian escondido en las cuevas; les permitieron vivir en su compañía abrazando el culto cristiano, y les ayudaron á dar sepultura á los cientos de cadáveres diseminados en el suelo: celebraron unos solemnes funerales en honor de Fortun; y penetrando en todas las barranqueras y ensenadas, para que ningun cuerpo quedara insepulto, llegaron á la cueva de Marimon, y encontraron en lo mas oscuro de ella un negro acurrucado: era el esclavo de Ali, que bien pronto comenzó á experimentar los consuelos de la religion de Cristo; la cual no admite ni puede admitir distintas prerogativas en las diferentes razas del hombre. *Todos salimos de un mismo vientre* dijo Job; luego por nuestro nacimiento todos somos iguales á los ojos de nuestro padre; el orgullo, el orgullo humano y no otro es el que ha establecido las diferentes clases, las diferentes cunas; pero estas diferencias, efimeras como el hombre que las ha producido, acaban pronto; y en el lecho comun, en el sepulcro, las cenizas del infeliz, las cenizas del pordiosero, son tal vez colocadas sobre las del poderoso que lo miró con desprecio, que lo holló con sus piés durante la vida fugaz y engañadora.

El esclavo de Ali fué tratado por los vencedores con la atencion de que es digno un hermano suyo; y los mismos vencedores arreglaron la Mezquita, y la convirtieron en parroquia de San Gil, que es como hoy se conserva.

La tradicion asegura que de los tres cuerpos en que se dividió el ejército de Abderramen para huir de la batalla referida, siguió Santiago el de Hernan, sin duda por vengar la inocencia de Fortun, cuya muerte tan injusta como aleve no podia el cielo dejar impugne.

Hoy mismo, cuando los cerveranos enseñan las ruinas de su castillo á algun forastero; despues de hablarle no con poco misterio de la CUEVA DE LUNA, le dicen al acercarse á un pilon abierto á pico en la roca, dentro de uno de los baluartes mas orientales, del que solo se conservan los cimientos. «Este es el pesebre donde comió el caballo de Santiago.»

Despues de describir el moro Garssi estos combates con

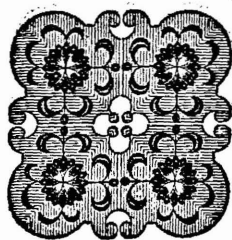
pocas palabras y con estilo dolorido, da fin á sus leyendas con esta exclamacion.

«Oh vosotros los felices que me habeis escuchado en calma; rogad postrados al grande Alá, que mire con clemencia á sus humildes siervos, y al pendon rasgado de la media luna.»

En la batalla de Clavijo se hundieron por primera vez las glorias del imperio musulman; hizo crisis el poder de los moros, y desde entonces se fueron replegando lentamente hácia las playas de Andalucía, como presintiendo que á luego se les obligaria á internarse otra vez en el Africa, de donde habian salido para conmoover la España, y para servir de azote á sus pacíficos habitantes.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
 CONSEJERÍA DE CULTURA





---

---

## CAPITULO PRIMERO.

---

### LA TERTULIA.

**E**L denso velo de tres siglos sepultó en el olvido las escenas que hemos presenciado en el castillo de Abou-Alhama.

La larga série de años que ha trascurrido despues de la batalla de Clavijo, ha cambiado en un todo el aspecto de Cervera.

No es ya Cervera el pueblo que han conocido nuestros lectores; no es un pueblo árabe, no es un pueblo guerrero; es un pueblo cristiano y religioso; es un pueblo dedicado exclusivamente á la agricultura.

En las crestas de las montañas, donde antes se oia el grito del musulman que llamaba á la batalla; hoy resuena la flauta del pastor ó la voz melodiosa de la zagala que canta sus amores mientras arrea el ganado de cabras: y en las colinas donde en aquella época brillaba la terrible cimitarra y la media luna del turbante; brilla ahora la azada y la reja del arado: ahora se vé solo el tranquilo labrador, que panifica sus frondosas laderas para ensanchar con el sudor de su trabajo el estrecho límite de sus vallados.

La parte edificial dió tambien su paso; y lo que hemos vis-

to Mezquita, fué adornado y convertido en templo de Jesucristo bajo la invocacion de SAN GIL.

Como el vacio del tiempo no puede cerrarse; como cada generacion tiene su gusto y lo imprime en sus edificios; aun se distingue muy bien hoy la línea divisoria entre San Gil Mezquita, y San Gil templo de Jesucristo.

Los adornos de la puerta son de arquitectura ojival del tercer período, los nervios de la bóveda están sobrepuestos en las paredes; unos y otros son de la misma piedra, son de piedra arcillosa; lo que prueba que á las dos las hizo una misma mano, á diferencia del resto del edificio, que es de piedra arenosa ó cicuña, producto, segun manifiesta su todo, de otra generacion muy anterior. Todavía se conserva el minarete con su rapada cornisa y su caracol exterior para subir el muezlin.

Sobre el minarete han añadido los cristianos un cimborrio de ladrillo, en el cual han colocado las campanas de la parroquia: por último, tambien se conserva, aunque tabicada, la pequeña puerta de la Mezquita, en forma de ojiva bulbosa, por donde apenas podria entrar un árabe con su anchuroso turbante.

Cervera, dedicado enteramente á la labranza y al cuidado de sus ganados, servia con fidelidad á su Rey y á sus señores sin levantar la cabeza á reflexionar un momento el por qué los servia; y de sus antigüedades no les habia quedado si no: es una tradicion vaga, misteriosa, y el esqueleto descarnado de un castillo, que volando sobre su pueblo, infundia terror por la sombra imponente que en él se aparecia: y es bien cierto que sino por esta sombra los habitantes de Cervera encorvados todo el dia sobre el campo que los alimentaba, hubieran mirado con indiferencia aquel monumento tan espresivo, ó tal vez no lo hubieran mirado jamás.

Supersticiosos hasta lo infinito como lo eran todos en el siglo XII; se reunian las familias en los portales de sus casas á disfrutar las noches placenteras de verano, ó al rededor de la lumbre en el invierno ha hacer la vela; y en uno y en otro caso no sabian hablar sino de la mora encantada que salia de la cueva de la Luna.

Cada uno, especialmente las mujeres, como mas atrevidas

en sus juicios, la interpretaba á su modo; cada uno la adornaba con las galas propias de su imaginacion; y de este modo formaban multitud de cuentos que tenian estasiado á aquel pueblo tan aficionado á lo maravilloso.

Nadie decia «yo he visto á la mora, ó á la sombra;» todos hablaban de ella con referencia á sus abuelos, ó á sus padres ya muertos, ó tal vez acotando con algun amigo de mucho valor, y que no se asustaba de espectros ni visiones, pero que por casualidad estaba á la sazón ausente.

Sin embargo, todos creian en la aparicion de esta sombra, todos la temian, y algunos aparentaban comprender en sus adentros, la oculta causa de aquella aparicion.

Lo cierto es, que ningun ganado pisaba los hermosos pastos que crecian en el castillo ni en los montes vecinos; ningun cazador disparaba al conejo que se albergara en sus ruinas; y el zagal huye presuroso de su vista aguijando su ganado, asi que el sol se hunde en el horizonte.

«Ay de aquel! esclama la zagala en sus cantares; ay de aquel al que la luna coja cerca del castillo; desgraciado de él y de sus hijos: ni la oreja dará fruto, ni la cabra leche; á toda su familia la verá perecer!»

Si queremos conocer á fondo las costumbres de Cervera en la época á que nos referimos, y enterarnos de los entretenimientos y de las consejas que hacian los placeres de aquel pueblo inocente; acudamos á la tertulia de la tia Anastasia, que segun decir de sus amigas, tenia mas gracia que ninguna para relatar un pasaje ó contar un romance.

Era la noche de ánimas.

En una casa decente del barranco de Tollo, se entraba despues de subir ocho escaleras oscuras, á una cocina pequeña y aseada.

Frente á la puerta estaba el fogon con dos escaños de nogal tostados por la lumbre, colocados uno á cada lado; á la izquierda de la entrada nacia cuatro vaseros cubiertos de jícaras, platos y tarteras; puesto todo con bastante limpieza.

Detrás de uno de los escaños se veia una hacina de leña debajo de una alacena; y en el otro lado la fregadera. Un cau-

dil colgado en el dintel de la chimenea, alumbraba la cotidiana tertulia.

En el banco escaño de la izquierda, se hallaban sentadas la tía Anastasia y la tía Prudencia. Entornaban el hogar, escarñadas en el suelo, haciendo de rodafuego; la Pepita, muchacha de diez y nueve años, hija de la tía Anastasia; la Juanita, niña de quince abriles, mas fresca que una lechuga, hermana de la Pepita, quien halagaba con la mano á Gertrudis, hija de la tía Prudencia, viuda de un soldado que habia muerto en la guerra.

En el banco de la derecha estaba el tío Venancio, marido de la tía Anastasia, que parecia un pobre hombre, honrado y flemático, y obsequiaba á su manera al señor Pedro, que tenia junto á sí, huésped de su amiga la Prudencia.

Acababan de rezar el rosario, y todos habian tomado las diversas actitudes en que los hallamos.

El viento que con tal furia sopla en Cervera en el mes de noviembre, se oia por la chimenea; y el toque de difuntos que incesantemente sonaba en la parroquia de San Gil, penetraba por las junturas de las ventanas y asustaba á aquellas pobres muchachas, que espresaban su sentimiento acurrucándose una contra otra, y acercándose cada vez mas al hermoso fuego de carrasca que ardia en el fogon.

—Ay que miedo dan esas campanas... dijo sonriendo á sus amigas la Gertrudis.

—Vosotras os quejais, hijas mias, contestó la tía Anastasia en tono de reflexion; qué podeis apetecer? teneis vuestra casa, vuestra buena lumbré, y luego os pondreis á cenar en paz y en servicio de Dios: qué seria si os hallarais como vuestras compañeras la Antonia y la Pepa? Voto vá... se interrumpió pegándose un golpe con la mano en la frente; y no hemos rezado un padre nuestro por su padre el tío Juan.

—Has visto muchacha... dijo la tía Prudencia frunciendo las cejas y meneando la cabeza en señal de admiracion; quién habia de pensar una cosa como esa?...

—Yo ya hace tiempo que me la tenia tragada; respondió muy satisfecha la tía Anastasia.

—Hijas mías, no apetezcáis ser ricas á esa costa; prosiguió la tia Prudencia: cada vez suenan mas fuertes las campanas; Jesus! que caro le ha estado al pobre hombre el dinero: á cuál campanada vendrá el enemigo?

—Calla por Dios mujer, da miedo pensar en tales cosas, respondió la tia Prudencia.

—Pero qué cosas son esas? preguntó el Señor Pedro que habia escuchado en silencio la conversacion.

—No sabe nada tu huésped? dijo la tia Anastasia á la tia Prudencia.

—No mujer, si ha llegado esta mañana.

—Tampoco sabe usted, añadió dirigiéndose á él, lo de la mora encantada en la cueva de la Luna?

—Tampoco, señora.

—Hay!... pues es cuanto hay que oír; yo se lo contaré á usted.

—No lo cuente usted madre... gritaron las muchachas ar-  
rugando el ceño, nos da un miedo siempre que lo cuenta...

—Callad trastos, murmuró bruscamente el tio Venancio, y se reclinó sobre la pared.

—Y no piense usted que es mentira, continuó la tia Anastasia dirigiéndose al Sr. Pedro, digo que no piense usted que es mentira lo de la mora, por que la ha visto mi mismo marido...

—Yo... la interrumpió el tio Venancio levantando la cabeza.

—Hombre... tú precisamente no, pero la han visto otros muchos.

—Eso bien, yo traeré aquí á algunos que cuentan que la han visto de lejos mas de una vez; pero no digas que yo, porque en mi vida he subido de miedo al castillo; cabalmente acotas con un hombre...

—Basta ya hablador, dijo la tia Anastasia, algun tanto amostazada, calla.

El tio Venancio, como marido bien mandado, cerró los ojos y volvió á recostarse en la pared.

—Pero vamos, qué es eso del tio Juan y de la mora encantada? replico el señor Pedro, ya me tiene con impaciencia.

—Pues en que lo oiga usted será ella, dijo la tia Prudencia en tono enfático: empieza, empieza Anastasia.

—Al cabo lo cuenta... exclamaron en voz baja sus hijas.

—Vaya, callad muchachas, dijo la tia Anastasia: y despues de escupir dos veces comenzó.—Es el caso señores; ha visto usted el castillo de Cervera, señor Pedro?

—No he visto nada.

—Pues señor: encima de un peñon muy alto que nace aquí á la espalda de nuestra casa; hay un castillo medio hundido con una cueva muy honda que llaman la cueva de la Luna: y de esta cueva de la Luna, que hace temblar á uno, solo con verla de muy lejos, sale todas las noches una sombra triste que se pasea por los pasillos del castillo, y vuelve á meterse luego en su cueva hasta el dia siguiente: y no piense usted, señor Pedro, que esto es mentira, que pasa como lo digo.

—Y se vé esa sombra á larga distancia? preguntó el señor Pedro.

—Desde todos los montes: pero desde unos parece mas grande que desde otros.

—Yo subiria con gusto á verla.

—Jesus! gritó alarmada la tia Prudencia, Dios lo libre á usted de semejante pensamiento, señor Pedro.

—Vamos al caso, continuó la tia Anastasia: unos dicen que esa sombra es cierta Reina mora que la encantó con su mágia un Príncipe moro muy gallardo, porque no quiso acceder con él á un mal deseo: y aseguran que dentro de la cueva de la Luna hay ricos paseos y palacios de oro y de plata, que entregará la mora al que la desencante: pero quien es el atrevido que se mete á eso?... otros dicen, y yo voy con ellos, que la cueva de la Luna tiene comunicacion con el infierno; porque dentro hay siempre un olor á azufre que apesta.

—Pues qué, ha entrado alguno? preguntó el señor Pedro.

La tia Anastasia se quedó cortada.

—No sé, respondió á luego, me parece que no; pero eso cuentan, añadió encogiéndose de hombros: pues señor, en tal caso, la sombra no es una mora, debe ser el enemigo malo que

anda á caza de almas; pero sea lo que quiera, lo cierto es que sale, y ahora verá usted lo que le pasó al tío Juan.

—Pobre hombre! exclamó la tía Prudencia.

En esto les llamó la atención, los ronquidos que daba el tío Venancio dormido sobre la pared, con la boca abierta.

—Despertad á ese alcornoque, dijo la tía Anastasia, resentida de que hiciera tan poco caso de su narración.

—No oye usted el cuento? le dijo el señor Pedro sacudiéndole por un hombro.

—Déjeme usted; contestó entre sueños, lo he oído tantas veces...

—Déjalo, no sirve para nada en este mundo, refunfuñó su mujer.

—Sigue, sigue, repuso la tía Prudencia.

—Vamos á ver en que para la cueva de la Luna, dijo el señor Pedro.

—Pues señor, prosiguió la tía Anastasia, tomando aliento; vivía vecino nuestro un pastor que se llamaba tío Juan: y es verdad que las riquezas hacen olvidar á los amigos; porque desde que el tío Juan es rico no ha puesto los pies en mi casa, y antes no salía de ella, y por cierto que nunca salía vacío. Este tío Juan era un hombre muy desalmado y poco temeroso de Dios; cuentan que las pobres zagalas huían á buen paso de él en el monte: yo no sé si será verdad por que hay malas lenguas que... pero en fin, cuando truena por alguna parte llueve; por lo que hace á mí, por buen cristiano lo tenía á él y á sus hijas, sino fueran tan presumidillas y tan habladoras y... pero yo no quiero pensar mal de nadie, ni meterme en casas ajenas. Sea lo que quiera; vengamos nosotros al cuento: lo cierto es que el tío Juan como tenía esa alma...

Y meneó la cabeza con misterio.

—Como era tan libertino... subía todas las tardes á un monte que hay frente y muy cerca del castillo, á que sus cabras se comieran la yerba que ningún pastor quería aprovechar de miedo para las suyas. Verdad es que los pastos eran hermosos, eso no puede negarse: pero quién sabe si los habrían

pisado tambien los piés de la mora? eh? qué le parece á usted señor Pedro?

El señor Pedro escuchaba con demasiada atencion.

Ahora entra lo principal, dijo la tia Prudencia.

—Todos decian, prosiguió la tia Anastasia, que las cabras del tio Juan estaban las mas gordas del pueblo desde que comian aquella yerba tan frondosa; pero sea dicha la verdad, á mi cada dia me parecian mas flacas.

—Y á mi tambien; respondió la tia Prudencia.

—El tio Juan se bajaba todas las noches antes de salir la luna, pero amigo, llega una muy calurosa, y has visto tu al tio Juan? ni por esas... Una porcion de gente salió asustada fuera del pueblo á ver si lo divisaban muerto ó hecho carbon ó cosa semejante; pero cá, lo vieron tan sereno con sus cabras cerquita del castillo... sale la luna; y entonces salió tambien la sombra: la gente se retiró á su casa, y él siempre allí como un mazo: vaya si ya he dicho que ese hombre era... Dios me libre de un mal pensamiento. Lo que allá arriba pasó con él y la sombra, nadie lo sabe; solo si, que al dia siguiente buscó el tio Juan un criado para que le cuidara sus cabras, y él sin decir nada á nadie se largó á Zaragoza y vino al poco tiempo lleno de riquezas: los trajó á sus hijas vestidos de percal, mantones de seda, zapatos, pendientes; en fin, salieron hechas unas señoras: las mocosas! desde aquel dia ni adios les dicen á mis hijas.

—Por cierto... repitieron las muchachas; parecen pavas de huecas que van por la calle.

—Déjalas tonta; mira lo que les pasa ahora; respondió la Gertrudis con alegria.

—Y lo que les pasará despues; añadió la tia Anastasia, haciendo un gesto significativo.

—Siga usted, siga usted el cuento, dijo el señor Pedro.

—No contento con eso el tio Juan, continuó la narradora atando el hilo de su historia; no contento con eso construyó una casa, pero que casa, como un palacio de grande y con un jardin detras que cae debajo del castillo, donde plantó muchas flores, y nadie sino él entraba allí: y cómo? si dice que la

misma mora le mandó hacerlo para bajar á hablar con él durante la noche!

Todavía se conserva en el barranco de Tollo esta casa, que es de un buque escesivamente mayor que el de las restantes del barrio: el jardín conocido aun con el mismo nombre, ha quedado reducido á un pequeño corral, incrustado entre la espalda de la casa y la falda Septentrional del castillo.

—Pero, y es cierto todo lo que usted cuenta? preguntó el señor Pedro admirado.

—Cómo nos alumbra ese candil; respondió la tía Prudencia.

—Ya lo creará usted mañana, repuso con cierto retintín la tía Anastasia.

—Pero, y esos mantones que trajo el tío Juan á sus hijas... y esa casa...

—Eso le choca á usted? al poco tiempo comenzó á comprar haciendas, mulas, á traer criados, y hoy es el mas rico de Cervera.

—Pero señora, de donde sacó ese dinero?

—Pues ese es el caso; respondió con énfasis la tía Anastasia: algunos inocentes como mi marido, piensan que se halló un tesoro enterrado, como si los tesoros anduvieran enterrados por los montes; pero otros... y son los mas... y yo voy con ellos, aseguran que aquella noche que pasó cerca del castillo el tío Juan, se le acercó la mora, ó la alma en pena, ó el enemigo, ó lo que sea, que para el caso todo es lo mismo: y le dijo:

—Pastor, qué haces?

—Apacentar mis cabras.

—Qué me das y te hago rico en un instante?

—Te daré lo que me pidas.

—Dame tu alma para el demonio.

—Jesus... exclamaron las muchachas y la tía Prudencia.

—Es mucho, respondió el tío Juan.

—Te daré un millon, le dijo la mora.

—Es poco.

—Te daré dos millones.

—Bien.

—Señor Pedro; por dos millones le entregó la alma al demonio.

—Ave María Purísima... exclamó la tertulia santiguándose aterrada.

Volviéndo á tomar la palabra la tia Anastasia, dijo.

—Ahí tienes los dos millones, continuó la mora, ya ves que bien te pago; prepárate para entregarme tu alma.

—Cuándo?

—El dia de las ánimas. En la campanada mas fuerte que suene por la noche iré por ella.

—Ay Dios mio! cuál será? murmuraron las muchachas, aplicando el oido al sonido lúgubre de las campanas de San Gil.

En este momento tocaron al viático.

—Ay! gritaron aun tiempo todos, para el pobre tio Juan.

—Ya le llega la hora, prosiguió la tia Anastasia; que lista andará la mora para agañar su alma.

—Pues qué está malo? preguntó el señor Pedro.

—Pues no ha de estar hombre, no vé usted que es hoy el dia de las ánimas; usted cree acaso que es mentira lo que le cuento?...

—Muchachas, despertad á vuestro padre, dijo la tia Prudencia señalando al tio Venancio que daba unos ronquidos tan fuertes que parecian rugidos.

Las muchachas lo menearon por las piernas, y el tio Venancio calló sin despertarse.

—Pues señor, oiga usted señor Pedro, oiga usted; repuso la del cuento: desde que el tio Juan hizo su trato con la mora, compró haciendas como ya he dicho, levantó la casa, que está aquí á la parte abajo de la nuestra, se pusieron majas sus hijas y comenzaron á tenerse á menos de hablar con sus amigas; pero el pobre tio Juan, ya ya... empieza á secarse de repente; empieza á dolerle el estómago, y desde entonces no ha echado luz: cada dia ha ido de mal en peor, hasta esta noche, que usted mismo ha oido tocar al viático, y luego vendrá la mora por su alma.

Esto es lo que hay, señor Pedro, ni mas ni menos del tio Juan y de la cueva de la Luna.

—A la verdad que me ha chocado mucho el cuento, dijo el señor Pedro; mañana iremos á visitar la cueva de la Luna y al tío Juan.

—No penseis tal cosa, lo interrumpió la tía Prudencia; la cueva de la Luna? vaya, desocupado estaria usted.

—Sí, pues al tío Juan puede ir á ver mañana, añadió la tía Anastasia con ironía, como no vea su cadáver... yo ni aun al cadáver me acercaria: quien sabe...

—Vaya, Vaya, las nueve; dijo la tía Prudencia oyendo el reloj que sonaba entonces, y levantándose: señor Pedro, muchachas, basta de parla, á la cama.

—Sí, vámonos á acostar, repuso el señor Pedro levantándose tambien; hasta mañana, tía Anastasia, tiene usted mucha gracia para contar un cuento.

—Eeeeh... respondió ella sonriéndose, la costumbre...

—Vaya, hasta mañana, descansad.

Haced lo mismo.

—Adios, tío Venancio, prosiguió leyantando la voz.

—Sí con ese hombre no hay que atar cabos, respondió la mujer; pasa la vida durmiendo.

Y cogió el candil para alumbrarles á bajar la estrecha escalera.

El toque de difuntos heria aun los aires con su fúnebre sonido, y el huracan silbaba con mas fuerza por la chimenea. La tía Anastasia despertó á su marido y se acostaron.

Todo cuanto ha referido esta mujer, algun tanto picada de envidia hacia las riquezas de su vecinó, tiene su parte de verdadero, sino que la supersticion de aquel tiempo lo envolvia con mil fábulas estravagantes è increíbles. Si queremos descubrir la verdad pura del hecho, trasladémonos un momento á casa del desgraciado tío Juan, para quien efectivamente era el viático; y presenciemos las escenas que allí han ocurrido desde una hora antes de administrárselo; es decir, desde que la tía Anastasia ha comenzado á referir su cuento al señor Pedro y demas tertulia.

---

---

## CAPITULO II.

---

### LA CONFESION.

**E**n una sala regular, decentemente adornada al estilo de pueblo, habia una alcoba con las cortinas corridas: en toda la habitacion se percibia un olor subido á éter, y la alumbraba la luz vacilante de una vela.

En la alcoba está acostado sobre una cama de tablas verdes, con sobrecama de percal, el desgraciado tío Juan: el rostro, única parte que asoma sobre la ropa, ofrece de lleno los síntomas de la muerte: su color pálido, sus ojos turbios, sus labios secos y entre abiertos, su nariz rasgada, no dejan dudar que el enfermo se halla en la agonía.

Un sacerdote se ha sentado á su lado, y con voz consoladora le dice.

—Hermano, acaban de noticiarme que me llamaba usted; le ocurre algo?

—Sí padre; respondió el paciente con voz abatida: el viático que hemos suspendido hasta mañana, quiero tomarlo esta noche; me siento morir por instantes.

—Bien, iré por él ahora mismo.

—Ah! no padre, espere usted un momento; estoy afligido, tiemblo á la presencia de Dios.

—Nada mas dulce hijo mio, nada mas benigno que ese Dios que á usted le aterra; el amor á sus criaturas fué el único móvil de la creacion; el Eterno crió al hombre, solo para que lo amase y para amarlo; luego si Dios os crió para amaros hermano, por qué temblais á su presencia?

—Ay padre! la confesion que he hecho esta tarde ha sido falsa, yo veia la muerte lejos de mi y he temido haceros una declaracion; he callado un pecado enorme; y este pecado cerrado en mi pecho me ha martirizado todo el dia; él, él me acerca el último momento, y para depositarlo en vos, es para lo que os he llamado.

—No hijo mio; no lo depositais en mi, lo depositais en Jesucristo que os escucha desde el cielo...

—Es tan grande, padre...

—No temais hermano; nada hay grande á los ojos de Dios, que es él grande por excelencia: ánimo hijo mio, y nada me calleis; que... creéis que es enorme vuestro pecado? mas enormes fueron los azotes que sufrió Cristo por vos: ese pecado por considerable que sea, si de él teneis una verdadera contricion, ya se halla perdonado desde que Jesucristo derramó en la cruz su sangre preciosa; sangre que como rocío divino, hizo fructificar á las espinas mas secas del mundo. Con la virtud de esa sangre, un pequé... dicho con dolor, un solo pequé borra la iniquidad de una vida corrompida y deprabada: un pequé dicho con dolor salvó á un mal ladron, un pequé salvó á una Magdalena; y no os considerais, vos hermano, con bastante dolor para pronunciarlo? y á vista de tales ejemplos de perdon no confiais vos tambien en el vuestro?...

—Sí padre, confio: respondió el enfermo conmovido por las espresiones del sacerdote.

—Bien hijo mio; la confianza en Dios lo hace todo, sin la confianza el hombre no puede conseguir nada. Vaya decidmelo todo, todo, sin recelo, sin disfraz ninguno, porque para todo habrá perdon: la misericordia de Dios es infinitamente mayor que los pecados de los hombres.

Animado el enfermo con las palabras tan consoladoras que el sacerdote le dirigia, se sintió con mas fuerza, y despues de recoger su aliento habló de este modo.

—Yo era pobre, y vivia feliz con mi mujer cuidando un ganadillo de cabras: cuando aquella murió, me dejó en este mundo con dos hijas jóvenes á quienes yo amaba con ternura. El deseo de proporcionar á mis hijas un alimento suficiente, me hacia trepar por todo, y el día que me pedian pan, y no tenia para darles, ay Dios mio! se me partia el corazon; solo un padre que se ha hallado alguna vez en esa situacion, sabe lo que entonces se padece. Mi suerte era mejor ó peor, segun que mis cabras estuvieran mas ó menos gordas; y estaban mas ó menos gordas, segun los pastos mas ó menos frondosos que comieran: por esto mientras los demas pastores dormian, yo sin temor á los lobos, buscaba por amor á mis hijas, la ladera mejor para amanecer allí con mi ganado; cuando llegó á mis oidos que en frente del castillo habia una yerba hermosísima á causa de que nadie conducia allí los rebaños por miedo á la mora encantada en la cueva de la Luna: yo me alegré en estremo; yo no veia obstáculos cuando se trataba de ganar un pedazo de pan para mis hijas. Subo con efecto una mañana las cabras á ese monte que hay cara á cara del castillo, y los pobres animales se enterraban en la yerba y en los tomillos que los cubria; yo los miraba hartarse reventando de gozo y de contento, si bien es cierto que me bajé antes que saliera la luna, por no ver esa sombra, que el que la ha visto una vez, cuentan que no le ha quedado gana de volver á verla dos: subí al día siguiente, y al otro, y al otro: las gentes hablaban de mí; ya me tenian por un hechicero; pero á mi ¿que me importaba si mis cabras daban doble de leche que antes, si estaban mas lozanas y lucidas que todas las del pueblo, y si mis dos hijas se iban poniendo las infelices tan hermosas y encarnadas, con la abundancia que disfrutaban?... Llegó por fin el día octavo; subí como los demas, y mientras mis cabrillas se esparramaban por la ladera, yo las miraba atracarse sentado al pié de una peña. Distruido y sin saber lo que hacia, empecé á arañar en la tierra con la punta de mi cayado, y moví una cosa negruzca que

me pareció metal; la cogí corriendo, pero ví que estaba enganchada dentro, y no pude sacarla; socabé entonces con el cayado, volví á tirar con mas fuerza y salió una cadena.

—Hombre... exclamó el sacerdote, que hasta entonces habia escuchado en silencio.

—Hice un hoyo, prosiguió el enfermo; y á la profundidad de tres cuartas poco mas ó menos, toqué una tabla como tapa de caja.

El sacerdote recostado en la cabecera del tío Juan permanecia suspenso de sus palabras.

—Calla, dije para mi, esto es algun tesoro; pero como ya iba á salir la luna, y yo no me bajaba del pasto, observé que me miraban las gentes; y dije, aquí para no perderlo todo no hay otro remedio que esperar que anochezca. Ay padre! yo temia á la sombra de la mora; yo veia salir la luna, y ya me figuraba á la sombra tirándose sobre mi: veia al mismo tiempo un tesoro debajo de mis piés; aquel tesoro era la redencion de mis hijas, y yo no podia abandonarlo. La noche cerró del todo; y qué hice? atarme un pañuelo á los ojos y echarme boca abajo hasta que pasara la hora terrible: ay que momentos tan crueles fueron aquellos!... El ruido de los enebros me asustaba; las pisadas de mis cabras me parecian las pisadas de la mora, de todos los enemigos del infierno que venian por mi. Despues de dos horas me quité el pañuelo; en el castillo no pegaba ya la luna, y yo pude respirar. Desenterré corriendo el cajon; y pesaba mucho; bajé á mi choza sin hacer caso de las cabras que me seguian balando, y cuando mis dos hijas se acostaron, yo... temblando de alegría, me senté en medio de la cocina, puse el cajon entre mis piernas y rompí la tapa.

El sacerdote escuchaba asombrado y lleno de curiosidad.

—Qué contenia? preguntó con avidez.

—Qué contenia? ay Dios mio! mi perdicion. Sino por él aun viviria yo sano, y mis pobres hijas no se hallarian luego sin padre. Lo primero que ví, fué un pergamino escrito.

—Escrito?

—Si señor?

—Lo leyó usted?

—Si señor.

—Qué decía?

—Luego lo leerá usted también.

—Bueno, adelante.

—Yo no hice caso de aquello: á la verdad me cegaba entonces la avaricia. Despues salió un paño blanco, plegado en cuatro dobles; lo desdoblé, y era una bandera blanca con una cruz azul bordada.

—La conserva usted.

—También.

—Y por último; ay! no acertaba á mirar, me parecia un sueño... el cajon estaba lleno de piedras preciosas y de coronas de oro.

—Hombre, exclamó el sacerdote.

—Si señor, de piedras preciosas y de coronas de oro. Lo primero que se me presentó á la imaginacion fueron mis hijas, las creía ya ricas; y yo era feliz: lo reuní todo en el cajon, la bandera, el pergamino, y lo enterré en el suelo de mi cocina que era de tierra. Aquella noche no pude dormir; todo se me volvió pensar como estaria allí aquel tesoro, y por último, me pareció que seria de los moros que cuentan que hubo en otro tiempo en el castillo. Al dia siguiente me levanté temprano, envié mis hijas al pasto y les dije que me iba para cuatro dias: con efecto, cogí una pequeña parte de las joyas y marché á Zaragoza; le presenté á un platero una piedra trasparente como el cristal, y gorda como una aceituna: yo creí que me daria por ella doscientos ó trescientos reales, cuando oigo que me dice.

—Quiere usted venderla?

—Si señor.

—Cuánto pide usted por ella?

—Deme usted lo que le parezca.

Y me dió veinte mil reales. Figúrese usted cual seria mi sorpresa: le dí otra igual y me dió otros veinte mil. Al instante compré para mis hijas una porcion de ropa y me volví á Cervera.

Entonces conocí lo mucho que valia lo que tenia encerrado

en el cajon, y edificué esta casa; y formé ese jardin nada mas que por guardar enterrado el tesoro. Ahí está padre, entrando á la izquierda debajo de una clávelina.

Como la casa se hallaba situada en la pendiente del casti-  
llo, aunque la habitacion del tio Juan pertenecia al segundo  
determinado, se salia á piso llano al jardin; y con toda inten-  
cion habia dormido siempre en dicho gabinete, sin permitir  
que nadie sino él regára las flores.

—Quiere usted que lo vea? preguntó el cura.

—Oígame usted ahora, y luego se entregará usted de él,  
que no es mio, es de la Virgen, yo he sido un ladron.

—De la Virgen? repitió el padre sorprendido.

—Si señor de la Virgen; atienda usted: yo compré hacien-  
das, yo busqué criados que me la labrasen; en fin, cuando yo me  
disponia á disfrutar de mis riquezas, ay Dios mio!... y exhaló  
un suspiro; comencé á sentir un dolor de estómago que me  
martirizaba, una agitacion y una inquietud que acababan con-  
migo.

Lo creará usted padre? por todas partes veia una sombra  
que me seguia; una sombra que me asustaba, y que cerrára  
los ojos, que buscára la luz, no podia borrarla de mi cabeza:  
asi he atravesado algunos meses perdiendo por instantes la  
salud, devorándome las entrañas, el estómago y la conciencia!  
Cuando mis hijas bailaban alegres; cuántas veces he llorado  
arrastrado en esta cama el hallazgo del fatal tesoro!... y cuán-  
tas!... he suspirado los dias que pasaba en los montes en com-  
pañía de mis cabrillas!... Reventado por los padecimientos, me  
ensayé una vez; quise volver con ellas, lo hice; pero ya no  
era yo el mismo; ya no encontraba tirado entre los enebros  
aquella paz que perdí cuando hallé las riquezas... y en el  
monte, y en el valle, por todas partes me acosaba mi dolor de  
estómago, mi tristeza... por todas partes me seguia la sombra.  
Conocí que mi vida huia de mí rápidamente, y traté de poner  
remedio; dispuse marchar á una gran poblacion en busca de  
buenos médicos, y para ello saqué del cajon una corona mas  
brillante que el sol; la coloqué sobre la mesa que hay en aquel  
fincon; me acosté en esta misma cama, para irme al día si-

guiente á venderla en una gran ciudad; pero me engañé: habia llegado mi hora y tenia que morir entre los tormentos mas crueles con que me castiga la Virgen por haberle robado sus riquezas.

—Perdon padre, perdon... gritó el tio Juan, mientras un sudor frio y copioso bañaba su frente.

El sacerdote le roció con agua fresca el rostro, le dirigió palabras de consuelo, y el enfermo algo mas sosegado, aunque perdiendo las fuerzas por grados prosiguió:

—A eso de media noche se aumentan las angustias que me afligian diariamente; un pavor que me ahogaba se apoderó de mi espíritu; y en lo mas fuerte de mi convulsion, vi en ensueños levantarse sobre aquella mesa en que estaba la corona, la imagen de la Virgen con una bandera blanca en la mano derecha, y enseñándome la corona con la izquierda: la vision duró algunos momentos: en esos momentos yo padecí demasiado. Cuando me desperté no ví nada; conocí que todo habia sido una pesadilla; pero una pesadilla que no podia echar de mi: en fin, padre, sentia una zozobra tan grande en todo mi cuerpo que muchas veces y perdonadme Dios mio mi poca paciencia, que muchas veces apetecí morir por no vivir así. Me levanté de la cama ya sin fuerzas, desenterré el tesoro, cogí con miedo la corona y la metí en el cajón; pero contemplé un rato la bandera, y leí otra vez el pergamino de que ya no me acordaba, ocupado solo, en las preciosas halajas que debajo de él habia; lo leí con cuidado, y sabeis padre lo que dice en resumen?

—Qué? preguntó el sacerdote con ansiedad.

—Qué una Princesa regala todas sus joyas, para que se edifique un templo á la Virgen del monte.

—Es posible? exclamó el sacerdote asombrado.

—Y otras cosas mas que usted verá, y que no le admirarán menos.

—Esto es un portento: dónde esta el cajón?

—Luego se lo entregaré á usted; escucheme ahora padre, prosiguió el enfermo mas afligido que nunca y en estremo decaido, porque habia desaparecido de repente el valor febril que le sostenia.

—Padre, aquí entra mi pecado: yo conozco desde entonces que el tesoro era de la Virgen, que no era mio, y á pesar de todo, yo lo retenia: yo sentia un poder oculto que me incitaba á llamar un confesor y entregárselo; pero otro poder, el deseo del oro no me lo permitia. Llena mi alma de desesperacion cerré la caja y la enterré hasta que pasara algun tiempo y viera si se disipaban mis temores; pero fué en vano; por las noches especialmente me confundia á mi mismo: y mas de una vez fui á levantarme con ánimos de arrojarme á los piés de un sacerdote, hacerle una declaracion exacta de todo lo que me ocurría, y entregarle el fatal tesoro: lo iba hacer; pero ahí! me contenia la avaricia; y me contenia sobre todo la imágen de mis hijas que veia volver á la miseria; á la miseria!... Me acordaba de los dias que me pedían pan y no tenia para darles; me acordaba de los dias que lloraban de hambre en un rincon de la choza, y al mismo tiempo me acordaba tambien del pergaminno que me decia que aquel tesoro no era mio, que yo era un ladron, y en este estado... no os asusteis padre, juraba de la suerte, de mi propia existencia... si... mil veces juré de corazon contra mi vida.

La agitacion que se apoderó de él, le produjo un leve desmayo; el sacerdote que guardaba el mas profundo silencio le roció el rostro con agua, y el enfermo cada vez mas abatido, prosiguió despues de algunos instantes:

—Esta maldicion aumentó mi tristeza y con ella mi enfermedad, que se ha agravado aceleradamente, hasta que el médico me ha mandado confesar esta mañana; lo he hecho con vos padre, pero la sed de dinero, la maldita sed se hallaba tan arraigada en mi pecho, que no me ha dejado declararos el secreto por si acaso curaba, encontrar otra vez mi tesoro, ese mismo tesoro que me ha quitado la vida. Ahora ya veo las cosas de otro modo; veo venir la muerte muy corriendo y quiero morir sin remordimientos. Padre, escuchad los últimos ruegos de un moribundo.

—Diga hijo mio; contestó el padre, {todo será cumplido como desee.

—Asi que espire entregad el tesoro á quien corresponda,

para que hagan el templo á la Virgen que yo he detenido tantos meses: pero al mismo tiempo, suplicad padre que tengan compasion de mis pobres hijas que quedan huérfanas, sin bienes y sin parientes. Vos padre, que tanto consuelo habeis derramado sobre mi alma, velad tambien sobre ellas, amparadlas y dirigidlas con vuestros consejos en el mundo corrompido en que las dejo. El cielo premiará vuestra caridad.

—Confíad en mi celo, respondió el padre: y si esta es la hora en que Dios os llama para si, bajad tranquilo á la tumba que yo protegeré á vuestras hijas.

Mientras hablaba el sacerdote observó en el enfermo un síntoma fatal; le crujió el pecho, y se le levantó el esternon, á vista de lo cual se puso en pié alarmado y esforzando la voz le dijo:

—Teneis un verdadero dolor de todo lo que me habeis confesado?

—Sí padre.

—Os acusais tambien de todo aquello que no podais recordar en este momento?

—Sí padre.

El sacerdote rezó entre dientes una oracion en latin, le echó la absolucion y salió ligero de la sala.

A los pocos momentos el sonido de una campanilla anunciaba en el barranco de Tollo la llegada del viático. Lo recibió el tio Juan con serenidad y fervor, y cuando regresó el sacerdote de depositar el corpus en la parroquia, encontró al enfermo espirando; pero aun tuvo el gusto de dirigirle las últimas palabras de amor y de perdon con que la religion cristiana despide á sus hijos de este mundo.

Dos horas despues ofrecia la habitacion del tio Juan un aspecto grave y recogido: no la hubiera mirado una mujer sin conmoverse, ni un niño sin aterrarse.

El cadáver amortajado con una sábana blanca estaba tendido en el suelo en medio de la sala: á su lado ardian dos velas amarillas, y un poco retirado de él, se hallaba sentado en una silla el sacerdote que recitaba con las manos en cruz, los salmos penitenciales de David. Desde allí se oia el llanto de las

hijas del muerto, se oía el huracán que silbaba por el barranco y el eco fúnebre de las campanas de San Gil que según costumbre antigua tocaban á ánimas toda la noche.

El sacerdote cerró el libro, sacó de la sotana un cuchillo que había traído al intento, y se dirigió al Jardín. En efecto, entrando á la izquierda encontró una clavelina; socavó á su pié con el cuchillo, lo que no le costó trabajo por lo blanda que estaba la tierra, y muy luego tropezó con el deseado cajón. Lo abrió anheloso á la luz vacilante de las velas y lo primero que percibieron sus ojos fué el pergamino escrito; pero su sorpresa llegó al extremo cuando después de deletrear largo rato los caracteres casi enteramente borrados, pudo descubrir este sentido:

*Yo, Princesa de Cervera, regalo á Fortun las joyas mas preciosas que poseo, en prueba del amor que le profeso, joya la mas estimable; para que edifique con ellas el templo á la VIRGEN DEL MONTE, que es quien me ha enseñado á amar de otro modo mas dulce del que yo amaba, y me ha acogido bajo su religion. Tambien te dedico á tí, Fortun, la bandera que yo misma he bordado, para que tu la plantes en el tejado de la Virgen, y enseñe á nuestros hijos á amarse como nosotros nos hemos amado.*

Quando concluyó la lectura, dirigió una mirada al cadáver, en seguida otra al cajón, é inclinando la cabeza sobre las manos, quedó abismado en los muchos pensamientos que lo asaltaban; todos admirables, todos sorprendentes y confusos.

El sacerdote era persona de talento y de una moral muy sana; y su razon veía tanto en aquel pergamino que tenía en las manos... aquel pergamino era el testimonio de una Princesa mora que se había hecho cristiana... era la voz solemne de una generacion que había acabado.

Desplegó á continuacion la bandera, admiró la figura del lienzo; la limpieza del bordado, y la elegancia del dibujo. La primera impresion que produjo en su espíritu fué una impresion de gracias, de hermosura; pero á luego penetró en su

fondo, y vislumbró en él también un misterio, porque lo sepultaba la oscuridad de cien... tal vez de doscientos años. Por último, revisó el tesoro, y quedó admirado de tanta riqueza.

Tan pronto como sus meditaciones sobre el particular lo dejaron libre, se retiró á su casa, y al día siguiente partió secretamente á la diócesis, á presentar al Obispo el cajon, y á enterarle de todo lo que con el difunto tio Juan habia sucedido.

El sacerdote á su regreso, trajo órdenes de comenzar inmediatamente la obra del templo, y de publicar un suceso tan notable: asi lo hizo, mas para poner á salvo de las hablillas del pueblo, las hijas y la conducta del difunto tio Juan, dió á entender que él era quien se habia hallado el tesoro.

El Obispo suscitó al instante la cuestion, tratándola solo con el sacerdote, de que todas las haciendas que compró el tio Juan, y que entonces poseian sus herederos, debian volver al fondo del tesoro: la observacion no dejaba de ser justa; pero el sacerdote defendió con calor la horfandad de aquellas niñas, y el Obispo cedió á sus ruegos y á sus razones, con tal que en prueba de reconocimiento se gravasen todos aquellos bienes con un censo á favor de la VIRGEN DEL MONTE. Asi se hizo; y dichos censos continúa cobrándolos hoy el santuario, con la mayor exactitud, despues de seiscientos años que han trascurrido desde su fundacion.

La noticia del hallazgo del tesoro divulgada por Cervera, produjo un ruido, una impresion extraordinaria en el caracter fantástico y religioso de sus habitantes. Todos acudian á ver las halajas, todos acudian á ver la bandera, y cada uno interpretaba á su modo el origen de tales riquezas.

Me parece demasiadamente oficioso advertir al lector que este es aquel tesoro que Zahra y Fortuñ enterraron frente al castillo una noche mágica en que el amor subyugó sus corazones.

*Enterrado en el mismo sitio en que hemos de edificar el templo á la Virgen, dijo Zahra, la misma Virgen cuidará de él.*

La Virgen ha cuidado en efecto, y ha hecho que por un medio maravilloso se cumpliera la piadosa voluntad de los dos tiernos amantes.

Reunidos en junta mas de un dia el Cabildo y los ancianos de Cervera, dudaban, y se afligian de esta duda, cuál seria la intencion de la Princesa, y como agradaria mas á la Virgen; si levantar el templo en las ruinas del castillo, ó levantarlo en el mismo paraje en que se encontró el tesoro. El mas anciano tomó de repente la palabra como inspirado y dijo:

—Señores, en verdad que no sé lo que es la suerte, sino se la intérpreta como la voluntad espresa de Dios: echemos suertes pues entre los dos cabezos un número determinado de veces, y aquel que obtenga la mayoría, aquel es el elegido para sostener el templo que tal proteccion ha de dispensar á Cervera.

—Dice bien; respondieron todos: y qué número se elige para la suerte?

—El número siete; respondió el mismo anciano con gravedad. El número siete se llama en las sagradas Escrituras número perfecto; por qué hemos de escoger otro?

Todos callaron ante la verdad de sus palabras, y se procedió inmediatamente al sorteo. La suerte no quiso ser perpleja; pues las siete veces fué favorecido el monte en que habia aparecido el tesoro.

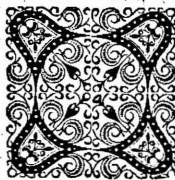
La candorosa reunion recibió esto como un aviso del cielo; y el pueblo de Cervera esperaba con vehementes deseos la construccion de un santuario, cuyo origen era tan prodigioso, y que al traves de tanto tiempo se habia conservado ileso el capital destinado á construirle.

Desde aquel dia subian numerosas romerias á orar en el punto donde se les dijo haber aparecido el tesoro; y no faltó alguno mas atrevido que quisiera relacionar semejante hallazgo con la sombra que salia en el castillo.

En el siglo XIX, en que los sentimientos religiosos parece que se han enfriado, en que orgullosa la razon todo lo coloca bajo su dominio, negándose á admitir lo que no alcanza á comprender; en el siglo XIX se hubiera mirado con indiferencia acaso con desprecio un hecho tan ruidoso; pero en el siglo XII

no sucedía así: la razón estaba más humilde, la fe más ardiente, el hombre apreciaba más su religión, porque acababa de sentarla con su brazo; porque sabía el precio que le había costado; porque veía aun la sangre humeante en la España que habían derramado por ella; y á manera de tiernos hijos que se regocijan cuando pueden presentar un manjar sabroso á su madre debilitada por largos sufrimientos; se regocijaban ellos cuando un moro se hacía cristiano; cuando erigían un templo en un valle ó en un monte. Así los cerveranos que encontraban especificada en un pergamino la voluntad de una Princesa, y muy probablemente de una Princesa mora; deseaban con anhelo ver descollar la ermita sobre la colina; ver descollar la bandera sobre la ermita. Candorosamente crédulos consideraban esta bandera y esta ermita como un escudo celeste al abrigo del cual se encontrarían á salvo de las calamidades de la vida.

Resolvieron celebrar la primera ascension de la bandera con juegos y fiestas públicas; pero como el invierno es en Cervera abundante en aguas y aun en nieves, aplazaron la obra para principios de la Primavera.





Trabajando asiduamente en la construcción de la ermita, se concluyó pronto la obra de albañilería, y se trageron para su adorno los mejores pintores y escultores que entonces producía la España: así es que el interior de la VIRGEN DEL MONTE, dividida en dos secciones por un verjado de madera, colocado á cuatro varas del presbiterio, está pintado por una mano maestra; la nave que cubre el nicho de la Virgen lo está con gusto y capricho; la bóveda, al fresco, representa un cielo azul donde mil ángeles de bellos colores entonan con diferentes instrumentos las alabanzas de María: algunas de las imágenes de bulto que adornan el santuario son preciosas; y todo él respira ese aire de dulzura y melancolía que es la verdadera expresión que debe reinar en un templo de la Virgen.

La obra se dió por rematada dos días antes de la Ascension del Señor á los cielos: la imagen de María fué colocada en su nicho de rosa trasparente, y este día tan solemne, este día tan grande para la religion cristiana, fué el destinado por los Cerveranos para consagrar el santuario y clavar en su tejado la preciosa bandera.

Desde aquel día el pequeño templo de la VIRGEN DEL MONTE se levanta orgulloso y risueño al frente de las ruinas de un castillo de Mahoma, á la manera que la iglesia de Cristo se levantó triunfante en los primeros siglos sobre las ruinas de la sinagoga y de la idolatria.

Durante el escaso tiempo que medió entre la conclusion y la consagracion de la ermita, se veian por todas partes mil preparativos de gala: mil señales de fiesta resonaban por do quiera; la zagala abandonó con anticipacion su ganado, y el robusto labrador la esteva.

Brilló por fin el día deseado; claro, luminoso, y radiante como la fiesta que se iba á celebrar. Desde el alba se agrupaba la gente á la plazuela de San Gil á esperar la hora de adorar su nueva Virgen. A las diez se celebró en la parroquia una misa solemne, á la que asistió el Cabildo y el Señor feudal con su esclarecida servidumbre. A las diez y media echaron á

vuelo las campanas de San Gil, á las que respondieron inmediatamente los esquilonos de la ermita; cuyos sonidos plateados y alegres hirieron los aires por vez primera, en medio de los gritos de un pueblo entusiasmado por su religion.

Entre tanta alaraca, entre tanto aplauso, salió la procesion por la puerta de la parroquia. Un grupo de doncellas vestidas de blanco con coronas de rosas y jazmin en la cabeza y panderetas en las manos, abrian la marcha: les seguia otro grupo de mancebos con lujosos trages levantando en alto guirnardas de laurel y ramos de olivo: seguian á estos los ancianos del pueblo en dos filas, cabizbajos, silenciosos y conmovidos: en medio iba el Señor feudal llevando la bandera, que tremolaba sobre una asta dorada; y el Cabildo cantando el salmo que comienza *Salutis humanæ sator*, cerraba la marcha.

El gentio que los esperaba encaramado en las callejas, en las tapias y ventanas, recibia diferentes impresiones segun los grupos que se presentaban en la plaza.

Cuando asomaron las doncellas vestidas de blanco, resonaron mil alabanzas en torno suyo: cuando asomaron los mancebos de los laureles, nuevos aplausos sucedieron á los primeros: pero cuando se descubrió la bandera, se apoderó de ellos un sentimiento de religion y de humildad: rinden sus rodillas, inclinan sus cabezas, y adoran en silencio aquel paño que les conmueve el corazon, que les habla con una voz divina, que llega al alma sin atravesar por los oidos.

Cuando la procesion entró en la ermita, tomó la bandera en sus manos el sacerdote que habia confesado al tio Juan y la ofreció á la Virgen. El coro de doncellas rompe en ángelicas canciones destinadas á Maria, y su eco melodioso y virginal, y el eco balbuciente de los niños, y las lágrimas venerables de los ancianos, que derramaban hincados de rodillas; y la voz del sacerdote que entre tanto sollozo sobresalia incitando á la oracion de la Virgen, esplicando con vehementes palabras la victoria que Cervera habia conseguido con la ermita y la bandera, producian un cuadro... ay! demasiado tierno y sublime para esplicarlo con los rasgos de una pluma.

El pueblo, ardiente en fervor, sale á la pradera que destaca

ante el Santuario, y el sacerdote, derecho en el tejado, planta en él, saludado por mil aclamaciones, la bandera que comienza á flamear orgullosa con su triunfo.

Las doncellas arrojan sus coronas sobre el altar de María, los mancebos sus laureles, el sacerdote entrega un estandarte al Señor feudal, y espontáneamente, sin reflexionarlo, sin disponerlo, movido por el fuego que le anima:

—Santa María...

Esclama ante la imagen de la Virgen.

—Ora pronobis...

Responden las doncellas al son de sus panderetas.

—Ora pronobis...

Responde el pueblo entre sollozos.

—Ora pronobis...

Resuena por las calles y callejuelas donde se abriga un ceriverano. El sacerdote continuó la letanía tan enérgicamente comenzada; y de este modo regresó la procesion á la Iglesia de San Gil, y todo aquel día y el siguiente fueron días de regocijo público para Cervera.

Digamos de paso, por no dejar de decir nada, que aseguraban algunos piadosos, que la noche en que se concluyó la construcción del templo cesó de aparecer la sombra en el castillo; pero que se vió una jóven elegante pasear con aire de tristeza por los corredores arruinados, y por los restos demolidos de las murallas: y como en los pueblos se habla mucho, no faltó quién afirmara que aquella jóven era la sombra vuelta á su primitivo estado por la VIRGEN DEL MONTE.

Tambien se susurraba, que la tarde despues de la consagracion de la ermita, mientras los ceriveranos corrian alegres en sus danzas por las calles, una dama hermosa, vestida de negro con el rostro cubierto por un velo, oró de rodillas horas enteras en el rincon mas oscuro del santuario.

Digamos por último que el Cabildo y los ancianos presididos por el Señor del pueblo resolvieron en junta formal, renovar todos los años y en el mismo dia la bandera, para que jamás faltara del pueblo la proteccion que con ella les enviaba el cielo: y abrazados en un celo religioso, escribieron en un per-

gamino con toda la fuerza de sus corazones las siguientes palabras que pronunció un anciano.

*¡Maldicion de Dios sobre la generacion que deje de subir la bandera á la VIRGEN DEL MONTE. Maldicion de Dios sobre el siglo en que concluya esta costumbre!*

El presente pergamino y otros muchos han sido victimas del tiempo ó de las revoluciones. El origen de la VIRGEN DEL MONTE y demas sucesos que hemos referido en la segunda parte de la obra se comunicaron verbalmente á los hijos de los que los vieron; y de estos, aunque mas debilitados ya y confusos, pasaron á sus nietos; pero en la cuarta generacion el origen de la VIRGEN DEL MONTE era tan oscuro como lo ha parecido en el siglo XIX, en que solo conservamos de aquellos dias los restos de un castillo pulverizado, una cueva oscura y profunda, la cueva de la Luna; y una tradicion vaga de la mora encantada, que como misteriosa y admirable que es, convertida en conseja por otra parte, ha impresionado vivamente al pueblo curioso de suyo, y de edad en edad no ha podido menos de llegar aunque adulterada hasta nuestra noticia. Pero si tan débiles documentos nos restan solo de aquel tiempo; si la lengua parlera de una vieja ha sido el único archivo de aquellos sucesos, tambien se conserva puro el templo de Maria y la bandera que semejante al ave fenix que jamás perece, nos habla desde el monte; dibujándose graciosa con sus movimientos en la diáfana region del éter.

Ya hemos rasgado las sombras que separaban de nuestra vista un santuario tan admirable; ya nos hemos remontado á su principio, al dia primero de su existencia, y hemos visto la fé que nuestros padres tuvieron en él, y por consiguiente, la fé que nosotros debemos tener tambien.

La ermita de la VIRGEN DEL MONTE, sobre la colina que la sostiene, es un monumento eterno, es un escollo donde se estrellan las impetuosas olas del tiempo; y la bandera blanca flotando incesantemente en los aires, es el ave de las tempestades que bate risueña su alas contemplando como pasan bajo sus piés las borrascas de los siglos.

Ocho meses habian trascurrido desde la fundacion de nues-